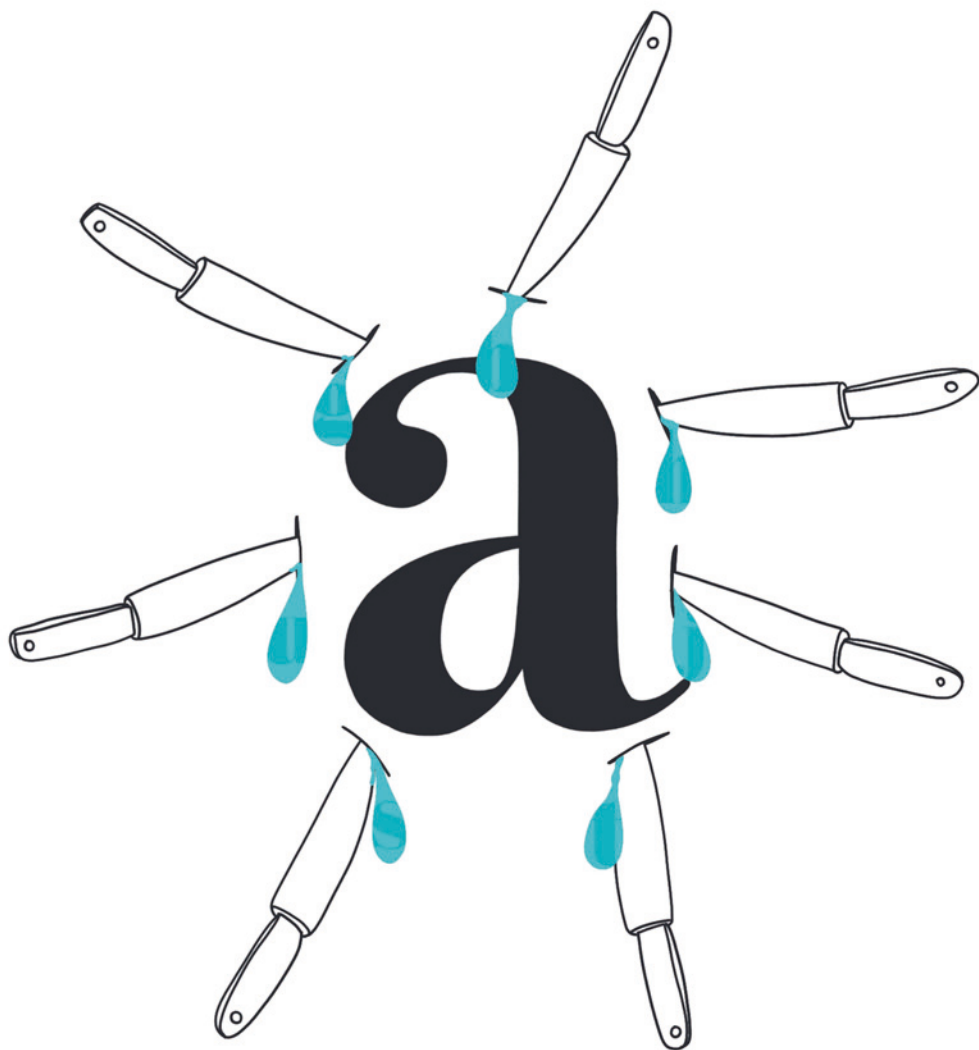


JEESPEJO

número 12



EL ESPEJO
NÚMERO 12

2020

DIRECCIÓN

Pilar Galán Rodríguez y Víctor M. Jiménez Andrada

DISEÑO DE CUBIERTA

Diseño Gráfico 2pescados (Fernando Barrena)

MAQUETACIÓN

Mercedes, estudio de diseño gráfico

EDITA

Asociación de Escritores Extremeños

PATROCINA

Excma. Diputación Provincial de Badajoz

COLABORA

Junta de Extremadura

© de los textos, sus autores

DEPÓSITO LEGAL

BA-00460-2016

Impreso por el Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz

El bullicio enmascarado del verano se aleja a pasos de gigante y en la fugacidad con que la estación otoñal transita por nuestra tierra, pronto nos encontraremos cubiertos por los faldones de la camilla, leyendo arrellanados en el sillón con las piernas caldeadas de brasero. Será buen momento ese para traer a la memoria algunas de las vivencias refrescantes de los meses anteriores, que es lo que nos sugiere Luz Sánchez-Mellado a través de las confidencias de sus veranos alicantinos. La autora se refugia en la cala empedrada de Bol Nou, que a más de uno recordará las piscinas naturales del norte cacereño, y desde ahí nos reconforta con las sensaciones que solo la buena literatura puede transmitir de forma tan exquisita y perfecta como un sabor del ayer.

Refrescante es también la visión que nos presenta Pilar Galán en *El lanzador de cuchillos* a través de los relatos de cinco mujeres y dos hombres, todos ellos menores de treinta y cinco años. La supervivencia de una asociación longeva como es la AEEX pasa necesariamente por apoyar y dar visibilidad a aquellos autores más jóvenes, y es por tanto una labor ineludible que afrontamos con el entusiasmo contagioso propio de la juventud.

Pensamos en el presente y el futuro sin olvidar el pasado, pues bien sabemos de la condena al fracaso que acompaña a las sociedades desmemoriadas. De ahí que hayamos querido rendir tributo a dos figuras cruciales en la literatura extremeña. Rosa María Lencero rememora la vida y obra del oliventino Manuel Pacheco en el centenario de su nacimiento, mientras que Antonio María Flórez hace lo propio con el llerenense Pedro Cieza de León, cuya obra cumbre *La Crónica del Perú* le valió el apelativo de «El Príncipe de los Cronistas de Indias». En esta línea de reconocimiento, es

de justicia poner de relieve la labor que durante los últimos cuatro años ha ejercido Juan Ramón Santos como presidente de la AEEX, a quien hemos querido dar voz en estas páginas. Así como también reconocer el trabajo voluntario realizado para que un nuevo número de la revista pueda ver la luz. En especial a Hilario Jiménez, anterior coordinador, por ayudarnos en todo lo posible; a Pilar Alcántara, que ha contribuido generosamente con su lectura concienzuda de los textos; y, por supuesto, a los actuales coordinadores, Pilar Galán y Víctor Jiménez, *alma mater* de este renovado *El Espejo*.

El número doce de la revista no podía ver la luz sin una de sus secciones más consolidadas, la de creación literaria, que en esta ocasión se centra en el género del microrrelato y en la que han participado doce autoras y doce autores, una paridad no deliberada pero sí muy satisfactoria, que da muestra de la evolución hacia la igualdad que impregna el terreno literario.

La gestación de estos relatos se ha producido en buena parte durante los meses de confinamiento, motivo por el cual el lector no dejará de sentir el fantasma de la Covid-19 en muchas de las creaciones. Encierro, miedos, reivindicación de lo básico, y en fin, destilación de los elementos esenciales de la vida, flotan entre las páginas de este número.

El último bloque está dedicado a las notas de lectura, que se centran en dieciocho obras. Poesía, teatro, ensayo, novela histórica o policiaca, relatos, *nouvelle*. Todo cabe en el excelente muestrario del talento extremeño que suma con esta una docena de ediciones. Ojalá este nuevo número especular alcance con su reflejo muchas lecturas, mucha visibilidad, mucho descubrimiento de la literatura que se hace en esta tierra.

Susan Martín Gijón
PRESIDENTA DE LA AEEX

NOCHES DE CHICAS EN BOL NOU

LUZ SÁNCHEZ-MELLADO

Luz Sánchez-Mellado Bonilla nació en Alcalá de Henares. Se licenció en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Es una escritora y periodista española que ha trabajado para diferentes medios de comunicación, redactora de *El País*, periódico al que lleva ligada de manera profesional más de 20 años. Trabaja en la cadena Ser, colaborando en varios programas, también trabaja en Televisión Española y en la revista *Harper's Bazaar*. Su primera novela vio la luz en el año 2009, *Ciudadano Cortés*, Plaza y Janés. En 2012 publica *Estereotipas*, Plaza y Janés, una colección de cincuenta tipos de mujer basada en las columnas de opinión que escribió para el diario *El País* y la revista *Elle* durante varios años. Ha recibido varios premios periodísticos entre los que se encuentran Premio Luis Portero a favor de la donación de órganos, Premio Nacional de Periodismo contra la Violencia de Género y el de Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

Mi madre odiaba la arena. No era el repelús que podemos tener todos a ese polvo del demonio que se te cuela por todos los poros del cuerpo aunque vayas forrada de neopreno. No. Era fobia de las de fibrilar ante la sola visión del agente alérgeno. Le daba «tiricia», decía ella, supongo que refiriéndose a la ictericia que habíamos tenido tres de sus cuatro niños de recién nacidos, y que nos tuvo varios días amarillos-pollo hasta que el solecito nos devolvió a nosotros la color y a ella la alegría. Más tarde, era ella la que se ponía verde por el desasosiego que le causaba sentir los cristales de silicio arañándole sin misericordia el cutis en cuanto arreciaba la brisa por mucho que se lo protegiese con mil velos. Como resultado, y pese a haber nacido en Alicante y criados a la vera de El Postiguet, la playa de los telediarios por antonomasia, mis hermanos y yo fuimos poquísimo a bañarnos allí de críos, y, si íbamos, teníamos órdenes de no acercarnos a menos de medio metro de nuestra señora madre bajo ningún concepto y amenaza de no volver a mojarnos el culo en todo el verano.

Como la historia se repite, hoy soy yo la madre histórica de la arena. Mis señoras hijas, paridas y criadas en la Meseta, aún recuerdan mis alaridos cuando, de niñas, alguna de ellas violaba la orden de alejamiento de metro y medio de mi toalla e invadía mi zona de exclusión arenera. Así

que desde que, no hace tanto, descubrimos la madre ya desaparejada del padre de las criaturas y las hijas ya adolescentes y con sus propias manías la **cala de Bol Nou**, esa playa es nuestra playa.

Suele ocurrir: llevamos toda la vida veraneando por esos lares y no conocíamos lo mejorcito de nuestra casa. Bol Nou, al lado de los atestados arenales de El Campello, Villajoiosa y Benidorm, es un tesoro relativamente escondido. Como tantas otras rosas de la naturaleza, Bol Nou se protege a sí mismo revistiéndose de espinas. En vez de la fotogénica manta de arena dorada siendo lamida por las aguas, el atrio de este rincón del Mediterráneo lo constituye un pedregal tan grisáceo como disuasorio para las hordas de papás, mamás y niños de cubo, pala y rastrillo que superpueblan las playas vecinas.

El agua, un tapiz oscilante del azul turquesa al verde esmeralda según la hora del día, es más preciosa que cualquiera de esos pedruscos que se usan para engarzar en anillos, pero, en cuanto das dos pasos, te cubre el cuerpo y te colma las expectativas, con lo cual espanta a los padres con niños lo suficientemente pequeños para no poder perderlos de vista ni un segundo. No hace falta poner en ningún letrero que no es una playa para críos, pero el resultado es que los que se ven, son mayorcitos y suelen respetar a los señores de las toallas vecinas y sus manías arenofóbicas. Un chiringuito sin ínfulas, un lavapiés sin más lujos que el agua no potable y un socorrista muerto de aburrimiento en su púlpito vigilando el holgar del paisanaje completan el escueto pero suficiente equipamiento de esta playa de adultos donde nadie molesta a nadie y hay sitio para todas y todos los que saben lo que vale un buen baño de sol y de los otros.

Lo mejor, no obstante, llega cuando oscurece y se van las familias felices y las otras, que son casi todas, a ponerse guapos para el paseo por el ídem marítimo de donde quiera que pernocten. A esas horas, cuando cae la noche, Bol Nou muta y se convierte en un *chill* out gigantesco donde

la música la pone el arrastrar de las olas sobre los cantos rodados y la letra las confidencias de los que no quieren irse cuando mejor se está en este paraíso asequible.

Allí, tendidas mirando al cielo sobre el lecho de piedras amoldado ya a esas alturas a nuestras espaldas, las niñas de mis ojos y la que firma hablamos de novios y de trapos y de miedos y de sueños y de penas y de risas y de lo que hablan dos hijas y una madre en distintas fases de la edad de las pavas. Sí, pavas, sin lenguaje inclusivo que valga, porque ahí tenemos todas un par de ovarios y los pavos ni están ni se les espera. Planazo de chicas, palabra, una noche de cháchara en Bol Nou bajo las estrellas. Si encima hay luna llena y se refleja en el plato de loza negra que semeja el mar a esas horas, te crees inmortal por un rato. Como que alguna velada hemos creído notar la mirada clueca de la abuela que odiaba la arena dándonos sus bendiciones desde el mismísimo lucero que más brillaba. Ilusas.

EL LANZADOR DE CUCHILLOS ¹

¹ Introducción basada en el libro *La materia cambiante (panorama de la joven narrativa extremeña)*. Edición de Pilar Galán Rodríguez. Introducción de Enrique García Fuentes. Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2019.

La literatura siempre ha sido una materia cambiante, cuyo conocimiento y difusión dependen muchas veces de las leyes del mercado y del sentido de la oportunidad del autor que sea capaz de adaptarse a lo que los lectores esperan en una determinada época, y otras tantas, de la mirada de un crítico que ignore o publique su opinión sobre la obra de alguien que empieza.

Desde ese punto de vista parece inútil presentar una selección de autores, y pretender fijar una nómina que solo el tiempo, la suerte o la criba de lectores que no respondan a intereses comerciales puede convertir en definitiva.

Toda selección de jóvenes escritores tiene algo de prematuro. Dada la edad de los seleccionados solo podemos mirar hacia adelante, no hacia atrás, hacia una trayectoria firme y largamente consolidada. Quién sabe si estos autores seguirán escribiendo dentro de unos años o qué derrotos tomarán, ni siquiera podemos conocer si permanecerán cómodos dentro de lo establecido (en la zona de confort, se dice ahora) o arriesgarán y se lanzarán a la búsqueda de retos en la narrativa o en otro género. En un momento de géneros que fluctúan, de fronteras líquidas entre lo que siempre se pensó establecido y lo que se escribe ahora, resulta aventurado poner límites.

Quizá hacer una selección de narradores nacidos en 1980 sea entonces solo una quiniela, una apuesta. Basta repasar algunos nombres incluidos en otras antologías y rastrear sin han vuelto a escribir, ya no digamos publicar, o se relacionan de alguna manera con la literatura. Sea como sea, los autores incluidos en esta selección son el futuro de la narrativa, o la promesa de un relevo, un estado de la cuestión, un aquí y ahora que puede que no podamos fijar pero sí reflejar en estas páginas.

Mi intención no ha sido elaborar una antología sino mostrar una realidad, ofrecer una selección de la narrativa más joven que se está escribiendo ahora en Extremadura. Sé que no son todos los que están, que muchos permanecen aún en un anonimato del que espero que salgan pronto, si es lo que desean, y que otros ni siquiera saben todavía que acabarán por escribir.

Mientras llega ese momento, podemos leer a estos autores menores de treinta y cinco años, nacidos entre 1987 y 2001. El tiempo nos dirá cuántos permanecerán, cuántos recordarán estas páginas como memoria de una época en que escribían, y cuántos llegarán a figurar en otras selecciones.

Erri De Luca (Nápoles, 1950) empieza a publicar su poesía en 2002, cuando ya es un famoso novelista, que decide arriesgar y experimentar en otro género. De él copio un consejo que deberíamos aplicarnos todos los que aspiramos a escribir.

*Haz como el lanzador de cuchillos, que tira alrededor del cuerpo.
Escribe sobre el amor sin nombrarlo, la precisión está en evitarlo.
Distráete del vocabulario solemne, ya hinchado,
apunta al borde, costea,
el lanzador de cuchillos acierta desde lejos,
el error es alcanzar el blanco, la virtud es fallarlo.
(El huésped empedernido, 2008. Traducción de Fernando Valverde)*

Puede que la literatura sea cambiante, pero los lanzadores de cuchillos aspiran a lo mismo, y el blanco debe seguir siendo inalcanzable.

En ello andan estos autores.

Que sus fallos duren muchos años.

Pilar Galán Rodríguez

COMPOSICIÓN Nº 15

Era un hecho. La nueva exposición había sido un éxito. Tendido sobre su enorme cama, pensada para un matrimonio de obesos y mal avenido o para un soltero con un ego desproporcionado, el artista contempló el lienzo, blanco e inasumible, que se ofrecía desde el techo del dormitorio. Convocando al sueño, se puso a enumerar mentalmente todos los detalles de la noche. Evocaba los gestos de los asistentes, ponía voz a los corrillos, reconstruía la mirada complacida de su galerista a través de las cabezas que asentían y se ladeaban con ademán erudito frente a las paredes. A la inauguración habían asistido varios amigos no demasiado envidiosos, algunos de los coleccionistas más asiduos de su obra y un par de representantes del periódico local que, urgidos por su sed de actualidad, tomaron varias fotografías en los primeros cinco minutos del acto y se marcharon. Se habrían juntado allí unas cincuenta personas, aunque solo cuatro o cinco de ellas podían permitirse la compra de algún cuadro. En el fondo, al artista solo le importaba –le inquietaba– la presencia de dos de los asistentes. Eran los siempre temidos y por lo tanto odiados Pietro Brunel y Marcos Gonzaga. Ambos pertenecían a la quimérica orden de los críticos de arte. Pocos oficios son tan intrascendentes y sin embargo tan poderosos como los críticos de arte. Reconvertidos en una suerte de agencias de calificación, ellos dictaban las cotizaciones al alza o a la baja de los apellidos anotados con trazos nerviosos en las esquinas de las composiciones. Brunel era Standard & Poor's. Gonzaga era Moody's. Nadie compraba a ningún artista si ellos decretaban su escaso interés, su técnica torpe, su propuesta desfasada o su discurso incongruente. En cambio, todos se fajaban en la puja, con los ojos aguzados por la codicia, si Brunel y Gonzaga anunciaban un talento emergente, una prometedora

confirmación, una madurez creativa incuestionable o la consagración de un valor seguro. El artista proyectó sobre el blanco inasumible del techo de su dormitorio la imagen de Victoria, su galerista, sonriendo feliz mientras Gonzaga peroraba con su gesticulación elegante y contenida y Brunel asentía condescendiente. En aquel corrillo de tres –Cloto, Láquesis, Átropos– se evaluaba todo su destino artístico –su pasado, su presente, su futuro–. El artista hizo por tranquilizarse. Tanto Brunel como Gonzaga habían adquirido obras suyas en el pasado. No cometerían la estupidez de devaluar sus propios activos con una mala reseña. Pero, ¿y si se habían desprendido de ellas poco antes, en un hábil juego de manos? Al final de la velada, mientras Victoria descolgaba del perchero su abrigo de marta, supo de su triunfo. Llegó la calma. Les has encantado, cariño. Era un hecho. La exposición había sido un éxito.

El artista entreveía la promesa de un sueño reparador aquella noche. Cerró los ojos. Dejó por fin tranquilo el techo, blanco e inasumible, de su habitación. Hizo un último repaso por las obras expuestas. Quince óleos sobre tabla bajo el hilo discursivo de la mirada. Quince tablas cubiertas de rojo cinabrio sobre las que confluían elipses perpendiculares y trazos oblongos ejecutados con brochazos enérgicos de negro mate. Brunel y Gonzaga escribirían al día siguiente sobre su influjo cretense –el artista sintió la punzada de sus días felices en el Egeo junto a Alesandro, veinte años atrás–, sobre su revisión iconoclasta de la tradición figurativa occidental, sobre su técnica revolucionaria en los límites de la abstracción, sobre la consagración de un valor seguro. El artista se aferraba a la promesa de un sueño reparador aquella noche. Él sabía perfectamente que aquellos quince cuadros eran una patética imitación de sí mismo. Llevaba veinte años pintando una y otra vez el mismo cuadro, perfilando con oficio las variantes de una misma derrota. Todo se reducía a una sola composición repetida quince veces, y otras quince veces cuatro años antes, y otras

quince diez años atrás. El reflejo del reflejo del reflejo de un rostro amado contenido en una gota salada cayendo sobre el mar. El artista veía alejarse la promesa de un sueño reparador aquella noche. Sobre la almohada de su enorme cama deshabitada resbaló, firme y compacta, la última lágrima del artista.

Antonio Rivero Machina

ESCRITURA TERAPÉUTICA

Desde el momento en el que la Asociación de Escritores me propuso una colaboración con su revista, supe que quería dedicar mi texto a la propia escritura ¿Es quizás pretencioso? ¿Previsible? Me reconcomen las dudas y esa punzante certeza de que la etiqueta de autora me viene grande. No solo no me gana la vida con mis palabras, es que apenas me sustento de los dibujos que las acompañan. Sin embargo, ambos forman parte intrínseca de lo que soy y de lo que me gusta hacer y nunca está de más demostrar aprecio por aquellas pequeñas cosas que nos producen placer.

En esta primavera enclaustrada, de aislamiento social y amenaza invisible, me refugio en la escritura como mecanismo para no perder la cordura: he volcado mis miedos en un diario, puesto en orden mis pensamientos, abocetado frases que inspiran el nacimiento de futuros dibujos, he ironizado con amigos cuando la actualidad solo te daba motivos para llorar, he dedicado sentidas palabras de aliento a toda persona querida y alejada de mi alcance.

Y a su vez he leído mucho: me he refugiado en mundos de ficción, he aprendido y reflexionado a través de ensayos y memorias, me he perdido en páginas de cómics, dosificado el consumo de noticias y mantenido el contacto con amigos y familiares desde el chat más caótico y encendido a la bitácora más introspectiva.

El poder de la palabra escrita no deja de fascinarme, especialmente en estos tiempos de cuarentena forzosa y necesaria. Dedicar momentos del día a escribir y leer ha tenido efectos casi terapéuticos en mi forma de afrontar esta nueva rutina. Ante la tentación de aislamiento o negación, las palabras me han ayudado tanto a evadirme como a mantenerme presente.

Al cabo de varias semanas de estado de alarma, me sorprendí a mí misma mandando un pago simbólico a un amigo director. Como tantos otros artistas dedicados al mundo del espectáculo y la cultura, mi paralizado amigo agudizaba el ingenio y ofrecía sus servicios de escritura improvisada en redes sociales: a cambio de la voluntad, el cliente recibía una pequeña pieza de texto inspirada en su persona, frase o combinación de palabras proporcionadas al autor. La curiosidad y cierto narcisismo mal disimulado fueron más fuertes que yo y tras un par de mensajes y una transferencia, recibía en mi bandeja de entrada mi flamante escrito. La delicadeza del texto, su carácter espontáneo y lo efímero del intercambio, hizo que me invadiera una cálida sensación de gratitud que me acompañó durante el resto del día. Un breve párrafo por encargo fue suficiente para romper la monotonía diaria.

Este pequeño intercambio trajo a mi recuerdo la novela de Alessandro Baricco: *Mr Gwyn*. En ella, un escritor retirado inventa un elaborado y excéntrico método para redactar cautivadores retratos cuyas palabras captan a la perfección la esencia de todo aquel que se presta a su práctica. Pese a su prometedora premisa, no acabé de disfrutar su lectura, pero su influencia se ha mantenido conmigo y volvió a mi memoria tras las palabras de mi amigo director.

Crear. Las pasadas semanas bien podrían haberse convertido en continuas fotocopias del día anterior de no ser por el anhelo de crear. Escribir y dibujar sin más pretensión que el simple registro de ideas me ha mantenido fresca durante el encierro y he agradecido el poder reconocer estos mismos sentimientos en los textos y trazos de amigos, familiares y artistas. En esta extraña época en la que un aplauso se convierte en un gesto cargado de significado, es bonito darse cuenta del potencial que se esconde en un acto tan simple como escoger qué palabras teclear a continuación.

Julia Lama



LA BEATITUD

Siempre se despertaba antes de que saliera el sol. Recitaba unas oraciones, se lavaba en el angosto cuarto de baño, se vestía con tranquilidad y daba un paseo mientras recorría las calles del casco antiguo hacia la iglesia. El sacristán, Villamil, le esperaba todas las mañanas en la puerta fumando un cigarrillo y él siempre daba una vuelta por el cruceo del templo o encendía distraídamente un par de velas. Se vestía con la sotana blanca en la sacristía, revisaba el cuadrante de misas y funerales, atendía un par de llamadas y esperaba a que las campanas le anunciaran las diez y media. Los feligreses le esperaban ya en los bancos. Su llegada al barrio, hacía ya más de dieciséis años, había sido celebrada con una pasión inusitada. Un cura joven, rozando la treintena, con ojos azules, cabello rubio, porte elegante y una sonrisa limpia había llegado para ser adorado. No era difícil que adquiriese pronto un sobrenombre popular y cinematográfico: el Newman. Los feligreses confiaban ciegamente en su buen hacer. El Newman tenía buena mano con los niños precoces y los adolescentes descarriados y sus sermones eran amenos, casi divertidos, pero profundos, plagados de anécdotas personales. Así habían transcurrido dieciséis años sumergidos en la más absoluta serenidad de espíritu.

Esa mañana no se despertó antes de que saliera el sol. Abrió los ojos y vislumbró poca luz por entre la ventana entreabierta. Se frotó los ojos y se incorporó en la cama. Notaba una extraña tela frente a sus pupilas que le impedía enfocar con precisión. Pensó que quizás las legañas le habían inundado los ojos, fruto del calor o de la sequedad de los globos oculares. Se lavó con profusión en el lavabo y se examinó frente al espejo. No podía verse. Solo era capaz de entrever una figura con el torso desnudo que parecía ser él mismo. La tela había desaparecido, pero la incapacidad

de enfocar con claridad las figuras permanecía. Se mantuvo un tiempo estático, sin saber qué hacer. La sonrisa tranquila se había disipado de su rostro. Intentó consultar el reloj, pero fue inútil. Oyó las campanas de su propia iglesia anunciando las diez de la mañana. Decidió ponerse en marcha a pesar de todo. Se vistió como pudo, guiñando los ojos para intentar ayudar a sus pupilas desenfocadas y salió a la calle. Notaba cómo sus pies trastabillaban por el empedrado irregular de las callejuelas. Cuando percibía que un bulto se aproximaba a él aparentaba normalidad bajando el brazo derecho, que mantenía prudentemente cerca de las paredes para guiarse por ellas. Respondía al saludo con toda la tranquilidad que le dejaba su nuevo estado mientras intentaba adivinar qué podía haber pasado durante la noche. No recordaba ningún dolor que anunciase el desastre, pero tampoco tenía memoria de haberse quedado dormido. No había sucedido nada extraordinario hasta esa misma mañana. En la puerta de la iglesia saludó a Villamil poniéndole una mano en la espalda, como siempre hacía, pero esta se deslizó por su nuca sin quererlo. Román intuyó unas garras cerniéndose sobre su cuello y supo que el señor Newman no era el de siempre. Le siguió por el pasillo central y observó cómo ni siquiera se santiguaba ante al creador, le siguió hasta la sacristía y contempló cómo no era capaz de ponerse la túnica, cómo se llevaba las manos a la cabeza y cómo parecía dominar su ira. Le preguntó si podía ayudarle y el señor Newman le dirigió una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora. «Sí, Román, hoy estoy un poco torpe», confesó. Alzó los brazos y Román le vistió frente a un espejo. Le miró a los ojos disimuladamente mientras le alisaba el borde de la sotana. Eran los mismos de siempre. Ninguna sombra se adivinaba en ellos, aparentemente nada se había cernido sobre sus pupilas azules. «¿Se encuentra bien para dar misa?». El sacerdote asintió levemente como única respuesta. El oficio estuvo plagado de titubeos, de silencios repentinos y de recapitulaciones constantes. No podía concentrarse, era incapaz de leer

la palabra de Dios, pero se sabía de memoria el fragmento elegido. Dio la comunión con cautela. El cuerpo de Cristo no se depositaba como siempre tiernamente sobre las manos de los fieles, sino que se dejaba caer sobre ellas apenas sin tocarlos. No lograba introducir las hostias consagradas al primer intento en las bocas abiertas de los pecadores redimidos, no pudo bajar grácilmente los escalones del púlpito para dar la bendición a los presentes. Estos le miraron turbados, todavía sentados en los bancos, cuando les dirigió una sonrisa aciaga tras empujar sin éxito lo que creía que era el picaporte de la puerta de la sacristía.

Esa misma mañana, todos en el barrio comentaban que el Newman estaba muy raro y por la tarde aseguraban ya que el Newman se había quedado tonto. Tonto sin remedio. Si no, ¿a santo de qué esa sonrisa bobalicona en su cara cuando te miraba?

Sandra Benito Fernández

SALÓN DE TÉ

Acabo de leer las últimas páginas de *Fin de viaje*. Estoy sentada en el salón de té más acogedor en el que probablemente jamás haya estado, y me resguardo tras una cristalera desde la que contemplo el que fuera hace un siglo el jardín de Renoir. Es hermoso. Las ramas del invierno acarician el cielo blanco, como es usual aquí y como es ya usual también en el que parece ser mi universo desde hace algunos años. El que comparto contigo. Un soplo de polvo húmedo, casi invisible, rocía el aire. Sostengo mi taza humeante y colmo de belleza mis ojos, mientras mi pensamiento evoca y trata de retener la sinceridad abrumadora de lo que he leído. Jamás habría vislumbrado en las primeras páginas este final glorioso y profundo, cuyo sentido cae como una losa de mármol y me aplasta, mientras la delicadeza de sus palabras me arrulla. Estoy conmovida por la belleza y la verdad con que esta mujer escribe el amor que todo lo llena, el miedo a la muerte y a la vida, la belleza misma, el vacío y la desesperanza ante la posibilidad de perder a la persona amada. Conmovida, sobre todo, porque aunque este final esté escrito en términos que parezcan pertenecer a la exaltación de un pasado Romántico, en cada palabra que leo, me reconozco. Nos reconozco. Reconozco la profundidad de ese amor exacerbado que parece definirlo todo, y el dolor desamparado que me invade cuando pienso en la remota posibilidad de una vida sin ti. Ni siquiera puedo imaginarlo porque lo eres todo. Y estás en cada pensamiento. Como en este que me asalta y me lleva a la calidez de tu cuello, y a tus brazos que me envuelven, y a tus ojos soñolientos que despiertan y me miran. Es demasiado temprano y hace frío, pero eres mi refugio y me estás mirando. Tu risa se vierte sobre mí y me arropa, y sostengo tus manos, y me siento agradecida. Intento situar en el tiempo esta imagen y las que la suceden, como una luz que se filtra de

soslayo por la ventana y cae sobre tu rostro. Pero no reconozco la ventana, y me doy cuenta de que la imagen no pertenece a un recuerdo, sino que es un destello de nuestra vida futura. Vida que ansío casi como el aire, hasta el punto de que cada obstáculo que surge me impide respirar y se posa sobre mis hombros como si tratara de sostener con ellos el peso del mundo. Solo tú me liberas de ese peso.

SAINT-SULSPICE

Como casi siempre, te busco. Y me siento aquí, donde vimos amanecer hace ya tantas mañanas, donde me dejé cautivar por el caer de la luz de aquella primera tarde de septiembre. El sol se ha escondido ya detrás de los tejados, pero el cielo emana claridad y la piedra preserva aún el calor de sus rayos. Tañen las campanas, y los pájaros alzan el vuelo rompiendo la calma con sus aleteos nerviosos, y el agua cae sobre el agua y bebe de la cal de la piedra, y me envuelve en su rugido aislándome del mundo. La vida pasa muda delante de mis ojos. Me dejo mecer por el arrullo y me adentro en la opacidad blanquecina y sinuosa del agua que fluye, que me abstrae y me arrastra al refugio en el que todo es silencio. Me pierdo en el agua, y en el blancor de la piedra, y en el recuerdo de la luz dorada que se ha ido.

Me levanto y camino, y la ciudad me traga. Y se aleja tu canto, vuelto ahora murmullo.

María Fernanda Sánchez

MEJÍA

No recuerdo cuándo empecé a creer en las personas magnéticas. No sé si fue un punto de inflexión o simplemente un proceso inapreciable que echa raíces en la aorta. Érika es magnetismo en su estado más puro y preciso. Un día, mientras cocinaba un risotto de setas, me explicó lo que significaba el mundo para ella y entonces, el magnetismo de sus pupilas me estalló entre los dientes. Me dijo que volvemos a nacer para pagar por todo aquello que no pudimos devolver en la vida pasada. Dice que, por eso, a ella le tocó un mal padre.

Cuando estábamos sentados y a punto de probar el plato, Érika me confesó que creía en energías que pululan entre nosotros como luciérnagas temporales que, después de dos o tres días, se marchan al abismo. Es su particular manera de explicar la muerte y la sensación de vacío cuando alguien pasa de ser a no estar. Y todo, guste más o menos, tiene cierto sentido.

Entre nosotros también están las almas que han venido por última vez. Esas personas que desprenden luz, que solo tienen algo bueno que dar y que son, al fin y al cabo, el salvavidas para quienes estamos perdidos y vagamos solitarios. Vuelven una vez más para despedirse y para guiar a quienes aún necesitan ayuda. Supongo que, entonces, ya aprendieron lo que de verdad significa estar vivo.

Su voz era magnetismo entrelazado con esa dulzura tan típica en ella. Sin embargo, se resquebrajó mientras me confesaba que le tiene miedo a la vida. Como si lo bueno fuese un destello en mitad del apagón y lo malo que haces, a veces, se cobra aquí y no cuando se vuelve a caminar en otra parte y con otra historia.

Érika nació en Colombia pero conoce el pasado de este país mejor que nadie. Su lugar favorito en el mundo es La Alhambra, solo consume cine

español, vuelve a Aranjuez cada vez que necesita recuperar fuerzas y su fanatismo por Lorca tiene vida propia. Qué irónico que tenga que irse y que deba volver a tener miedo al ir por la calle. Entre tardes de marfil, una vez me dijo que los que vivimos aquí tenemos mucha suerte y creo en sus palabras porque han vivido mucho más que las mías.

La última vez que la vi, hice con ella el camino de vuelta a casa. Volvió a salir el tema del pasado y el futuro y comprendí que en otra vida, yo fui alguien que no supo valorar nada. Un falso enamorado que se llevó todo de una persona a la que dejó completamente vacía. Y por eso hoy pago por ello.

Sin embargo, me asusta no haber sentido dolor. En mi corazón no ha habido luto por él y tengo miedo de volver a nacer para pagar por esto. Pensaba que por amor se llora y yo no he soltado ni una lágrima. Si tengo otro principio esperándome, sé que se me cobrará lo que ahora debo a causa de mi insensibilidad. Me estaba engañando a mí mismo y eso es mentir.

Al tiempo que mis pensamientos me colocaban la soga alrededor del cuello, Érika empezó a recitar fragmentos de Bodas de sangre de memoria. Entonces comprendí que el amor tiene que ser algo más bonito. Quizá yo nunca he sentido de verdad. Puede que las personas extremadamente sentimentales estemos aquí para vagar eternamente en busca de una sensación que no existe. Puede incluso que cometamos errores que hay que pagar en varias vidas porque solo con una no basta.

Pero ella seguía meciéndome en el camino de vuelta a casa con ese magnetismo incandescente. Como si Lorca, por un momento, se hubiese reencarnado en su lengua para recordarme que los intensos también tenemos un lugar en el mundo. Ay Érika, si tú supieras que esta es la última vez que pisas la Tierra...

Hilario Martínez

REVÓLVER DE TINTA

Tic-tac, tic-tac. El reloj de pared pronto anunciaría la medianoche. Tic-tac, tic-tac. La madrugada se cernía sobre él, apremiante, impaciente. Tic-tac, tic-tac. La historia tenía que continuar.

El escritor inspiró hondo. Se apoyó en el marco de la puerta y miró a su alrededor. En esa habitación habían tenido lugar doce asesinatos. Las paredes conservaban misterio, avaricia, venganza, oscuridad, frío, miedo. Se observó a sí mismo en el espejo; era la viva imagen de un loco que conservaba la cordura, o tal vez de un cuerdo que enfermaba de locura.

El escritorio era de madera oscura. Sobre él reposaban el papel y la pluma estilográfica. Esta última despedía destellos dorados bajo la luz del flexo. Le pareció que brillaba con luz propia. Sintió el deseo de empuñarla. Con el arma en mano, se sentía seguro, invencible.

Miró por la ventana. La luna iluminaba con su resplandor plateado las sinuosas calles del pueblo. Muchas cuevas, esquinas, callejones y recovecos. Era el escenario perfecto. En la oscuridad de aquella calleja, entre edificios de ladrillo abandonados, él era el dueño del enigma.

Tic-tac, tic-tac. Contuvo el aliento. Tic... tac... tic... tac. Hasta las manecillas del reloj parecieron ir más despacio cuando el escritor se sentó, apoyó los codos sobre el escritorio y cogió la pluma estilográfica.

El detective sonrió con malicia. La noche cerrada se cernía sobre ellos. La propia oscuridad se reflejaba en sus facciones, ahora convertidas en una mueca de maldad.

—Ha sido divertido, pero el juego acaba aquí —le dijo al hombre que tenía delante. Este temblaba, pero no de frío. Se había arrodillado; sabía lo que le esperaba.

Un sudor frío recorría su frente. Quería acabar con su vida de una vez por todas.

—¿Ahora quién es el malo? ¿Quién ha sido descubierto? —una risotada pareció partir el aire, al mismo tiempo que se oyó un chasquido— No volverás a interferir en mis planes. Yo soy el verdadero protagonista de esta historia. Solo puede haber un asesino.

La pluma tembló. Las manecillas del reloj de pared se detuvieron. Don-don-don. Doce veces. Doce campanadas. Medianoche.

El verdadero asesino apuntó con su revólver al falso delincuente.

Y entonces lo hizo.

Cometió su asesinato número trece.

Ana Rodríguez Garrido

CARTA AL CHICO DE LAS CANCIONES

Recordar viene del latín re-cordis, que etimológicamente significa «traer de vuelta al corazón». Me parece una palabra preciosa.

Me digo que esto será lo último que te escriba, pero sé que no es cierto, sino una carta más que no te voy a enviar, así que... hola, chico de las canciones.

Curioso cómo la música ha sonado siempre entre nosotros excepto en el final. Así te conocí, con un retiro azulado de una parte de ti. Música en nuestro primer encuentro, en tu original playlist, en cada jueves que me enseñabas a tocar la guitarra, en conciertos de darnos fuerte la mano. Siempre he pensado que la forma en la que alguien se va dice mucho de esa persona; creí que te irías entre tus sostenidos y bemoles, en acústico, seguramente, para no hacer mucho ruido, pero con un punteo precioso. Resulta que te fuiste en un silencio tan cobarde que se hace insoportable de madrugada.

Chico de las canciones, me pregunto si aún piensas en mí, un par de instantes al día al menos. Imagina pensarnos al mismo tiempo, yo preguntándome por qué no me escribes y tú sin saber qué decir. Hoy me gustaría ser capaz de cerrar los ojos y volver; poder hacerlo con una sonrisa y no a punto de llover. Antes te tenía en «esenciales» y «favoritas», te ponía en modo bucle y a todo volumen, eras para mí ese tema del que no te cansas nunca. Ahora rezo para que no me salgas en aleatorio y te has convertido en esa canción triste de una playlist de recuerdos que ya no me gusta, pero no me puedo sacar de la cabeza.

Después de todo, ¿a esto nos reducimos? Soy una pila de cartas que no te voy a enviar, tú una canción que no tengo grabada y juntos un guion de película que no va a llegar a estrenarse. Nos hemos quedado sin bailar bajo

la lluvia y disfrutar del pelo mojado, riendo y de la mano, sin ir a la playa a mancharnos la vida de arena y los labios de sal, sin crearnos diciembre en agosto.

Echo de menos cómo me hacías sentir, nuestras charlas, sentirte cerca incluso estando lejos, a ti antes de todo esto, pero tú no echas de menos nada de eso ni de mí porque tú echas de más. Ojalá en otra vida lo hagas mejor, de verdad, te habría dado todo el amor del que dispongo y llenado de detalles, te habría ayudado a dibujar tus luchas hasta que las hubieras vencido todas. Ya no tengo la sensación de ir flotando entre las hojas secas que voy pisando, sino de ser una de ellas y que seas tú quien me pisa. Me dijiste que soy cálida, pero te ayudé a encontrar tu propio azul. Ojalá hubieras querido teñirme de tu color sin que yo tuviera que pedirte, y engrisar mi canción en vez de mis días. Ahora estoy del color del cielo en un día de tormenta, he pasado a ser gris y a ti te ha dado igual convertirme en lluvia.

Supongo que pienso que si te escribo todo lo que siento encontrarás mis palabras en pequeños detalles como la suma de la matrícula de un coche o gente que se niega a cruzar en rojo el semáforo. Quizás me reconozcas en cualquier desconocido que te sonría, en algún museo de techo alto y espacio para tus guitarras, en un acorde mal afinado pero lleno de ilusión, en un poema de Lorca que hable de verde cuando yo lo habría hecho de otro color.

Te encuentro en tantos sitios que no sé dónde puedes hacerlo tú. Y mientras yo estoy aquí, sufriendo el ataque de tormentas y vendavales, dibujando azules en cualquier servilleta de bar o en el vaho de los cristales del metro, creyendo escuchar tus acordes cada vez que viene una ráfaga de viento a despeinarme, tú no me encuentras en tus girasoles ni te pierdes entre mis desordenadas y sinceras palabras.

Todo porque no puedo evitar traerte de vuelta a mi corazón cuando tú parece que nunca me hiciste hueco en el tuyo. Es curioso cómo tú, a

quien consideraba una rosa preciosa, has resultado ser todo espinas y no has tenido miedo, reparo ni dudas a la hora de clavármelas e inyectarme tu veneno. Me faltaron respuestas, sí, y explicaciones. Pero sobre todo me faltó música, y eso pensé que jamás faltaría contigo.

Aunque al final ninguna fuera por nosotros, siempre serás para mí el chico de las canciones.

La chica de los veintitrés te quiero.

Elena González

EL LEGADO

POESÍA HECHA VIDA, MANUEL PACHECO EN SU CENTENARIO ROSA MARÍA LENCERO CERESO

La figura de Manuel Pacheco Conejo, que marcó una época muy fructífera en la literatura extremeña, tiene pocos lectores en la actualidad, un error salvable si se diese a conocer su obra enmarcándola en un amplio contexto transversal: educativo, clubes de lectura, rutas literarias, ciclos en las bibliotecas... tanto individual como parte de la inmensa trilogía Pacheco, Valhondo y Lencero, hitos de la poesía de los 50 del siglo XX extremeño.

Este año de 2020 se celebra el centenario de su nacimiento. Nació el 19 de diciembre de 1920 en Olivenza, a la que nunca alejaría de su recuerdo y sus versos. El 13 de marzo de 1998 murió en Badajoz, la ciudad que tanto le debe vital y poéticamente. Badajoz y Guadiana siempre en abrazo literario al junco de su cuerpo, siempre en su desvelo como poeta, ciudadano y bañista. El Badajoz donde las tertulias literarias aglutinaban a escritores, pintores, músicos, liberales diversos, seguidores cultos y amantes del arte en general. Una ciudad que rezumaba cultura y expandía el misterio de los versos de sus emblemáticos poetas.

Pacheco vivió una parte dolorosa y dura de la historia de España, eso no se debe olvidar, que marcó su poesía, su manera de vivir y de sentir la realidad del presente en cada etapa de su vida. Tal vez los poetas que no hemos conocido el abismo de la fractura incivil no lleguemos a comprender plenamente su manera tan peculiar de escribir poesía, una parte de su poesía, la que grita ante lo insocial, lo sucio, lo injusto y que es a veces caótica y revuelve las tripas de las conciencias o las del abdomen. Este es el Pacheco donde se han estancado muchos. Que si poeta social, de las conciencias, poeta de lo sucio o políticamente incorrecto. Se quedan en las palabras

gruesas y malsonantes, han enquistado ahí toda su poesía sin terminar de leer plenamente su obra. Su poesía va más allá y descubre al lector un mundo onírico fascinante plagado de imágenes surrealistas al más puro estilo; ese trascender lo real que hace formar en la imaginación de quien se para a leerlo con otros ojos otra dimensión bella y armónica, curiosa y atrayente. Su poesía con la ternura de los sentimientos jamás ajenos a los poetas, con metáforas que tanto destapan la fealdad como lo más hermoso. Pacheco es un poeta íntegro que no regala lo que no debe: no halaga, si tiene que agradecer pone el alma en las palabras, si tiene que usar un verso martillo lo empuña para hacer añicos a los dañinos o a las desventuras de los más desvalidos. Tanto es un nicho como un jardín con flores, así de simple. Como Guadiana, que igual ahoga que refresca un cuerpo.

Se procuró una formación excelente autodidacta. A sus manos llegaba lo mejor de la literatura europea (de dentro y fuera de España) y americana, que absorbía con tal interés que configuró un amplio y muy variado conocimiento de lo que se escribía a lo largo y ancho del mundo. Todo lo asimilaba y procesaba. Su cultura se enriqueció en las tertulias badajocenses, donde animadamente se debatía de temas muy diversos y bajo distintas perspectivas. Todo sumaba para Pacheco, nada era desdeñable. Su creación poética se nutría para transformarse.

Aprendió métrica, a dominar el lenguaje jugando con las palabras tan maleables en su imparable imaginación de tal modo que las inventaba poetizándolas. Dominó el soneto y la musicalidad encontró un nido cálido en su poesía con evocadores juegos amorosos o imágenes surrealistas, como ya estaban imperando en la poesía de los grandes poetas españoles que hicieron suyos los programas estéticos y conceptuales del surrealismo. Pacheco tanto innovó como aportó nuevas imágenes de metáforas oníricas, poetizando todo con un halo de fantasía bellísima. Es el Pacheco tan desconocido que quien se acerque a su poesía descubrirá otro mundo,

aunque paralelo al Pacheco tan trillado y menospreciado, lleno de nuevos matices lúdicos y filosóficos al tiempo. El simbolismo también impregna su poesía con poemas que se acercan a lo abstracto de una manera nueva y original, con la utilización de vocablos simbolistas. Por esas razones, este poeta «provinciano» se convierte en un poeta universal, que aunque apenas aparezca en antologías (sabiendo las manos que guían la mayoría de estas) no deja de ser lo que es: uno de los poetas más grandes en la literatura española. Su obra llegó para dar aire nuevo a la poesía que se escribía en Extremadura. Los tres poetas: Delgado, Lencero y Pacheco abrieron otro libro cerrando la poesía regionalista y la aún decimonónica de sus coetáneos poetas.

El expresionismo de Pacheco es genial: su gran fuerza interior, su emotividad, su rebeldía, su sátira... Es el poeta que bebe en todas las vanguardias que han venido para quedarse en la poesía española, dotándolas de una fuerza hasta entonces desconocida e incomprensible. No es de extrañar los detractores que iban a cuchillo y contra los que Pacheco se revolvió con el arma de la poesía y la creación por bandera. Nadie puede decir que no era un poeta impregnado de arte: la pintura, el cine y la música fueron su finalidad poética para dar realidad a su mundo interior, así miraba, así escribía. Así era su poesía y su antipoesía. Sus sonetos y sus *insonetos*.

Pacheco dio vida a una larguísima producción. Entre genialidades encontramos los clásicos altibajos de «usar» la poesía como una espita que deja salir la efervescencia interior a borbotones. No hay poeta que se salve de subir y bajar, ninguno.

Su historia es bien conocida, del Orfanato Provincial a la casa espléndida de Esperanza Segura, toda una institución en Badajoz. De las amistades de niño de patio hospiciano a las de su mocedad de incipiente poeta que se va abriendo verso a verso camino con la gente culta de la

ciudad. De pasear por calles de personajes de la historia, del arte, de la política... ahora pasearía por las calles que llevan su nombre en diversas localidades extremeñas, recitaría en los centros culturales y los colegios Manuel Pacheco. Eso no es poco, es mucho, mucho más de lo que tienen o tendremos la gran mayoría de los poetas actuales.

Su creación pronto voló de las cuartillas de su mano o la máquina de la Pagaduría a las revistas literarias de España, Europa y América. Como ayudante de la biblioteca de Badajoz, las hojas de los libros, muchos de ellos adquiridos por la biblioteca gracias a su selección, se convirtieron en aviones de cultura y conocimiento. Pero también llegaban cartas. Cartas de allende los mares y las fronteras. Cartas de la geografía española como palomas mensajeras de poesía y amistad. Para el auxiliar de la Pagaduría Militar del Ministerio del Ejército de Badajoz no había gran y grande poeta español y española que le negara una carta con aliento poético, amistad y consuelo en la soledad, relativa, de una ciudad esquinada en el mapa ibérico.

Manuel era incansable y vitalista, nada le derrotaba a pesar de tantas adversidades, muchas. Quien le haya conocido no creo que pueda olvidar la energía con la que se expresaba, la agilidad de su cabeza (aunque se la cortara Vaquero Poblador en varios cuadros) y el apetito de engullir la vida como una exquisitez (otro cadáver exquisito al más puro estilo surrealista paquequiano).

Cuando trabajó con ahínco y total dedicación, la que fijó por su deseo y mano como su *Poesía Completa (1943-1997)* publicada en tres tomos por la Editora Regional de Extremadura en 1999, edición de Antonio Viudas Camarasa, limó, desechó, cambió, alteró, como los críticos literarios quieran denominar, todo lo que le pareció procedente, con la libertad por bandera a su aire (siempre escribió a su modo, no a la moda). Así podremos encontrar el mismo poema con diversas variantes a lo largo de los años. Su fertilidad poética le hacía regalar poemas como la primavera las flores en

los campos. Casi todo Badajoz tiene un poema suyo, a máquina, firmado y dedicado, o manuscrito con trazo fuerte y nervioso. En aquel trabajo incansable de repulir me hubiera gustado recitarle el poema (pero no, porque él lo conocía demasiado) más esencial de la literatura de todos los tiempos, «¡No le toques ya más, / que así es la rosa!» de Juan Ramón Jiménez. Pero Manuel era mucho Pacheco, sin olvidar el olfato fino y juguetón del Conejo. Ahí está esa gran obra, que para desdicha no vio publicada porque se lo llevaron de la mano un amanecer frío. No solo poesía, nos legó prosa, cuentos y teatro que podemos disfrutar en *Obra en Prosa, 1949-1995. Manuel Pacheco*, editada en 1995 (anterior a la Poesía Completa), también por la Editora Regional de Extremadura y edición de Antonio Viudas Camarasa. Por ello no se va a trasladar aquí una biografía tan rigurosa y fiel a como la que Viudas Camarasa ha dejado para la eternidad; entre él y el propio Pacheco ya lo han dicho todo, lo han dejado suficientemente escrito y fijado, contando además con la carta patafísica que al propio Pacheco le escribió su heterónimo Laurentino Agapito Agaputa, ese excéntrico provocador que da rienda suelta a un espíritu indomable que no se domeñaba ante críticas, formas ni convencionalismos. Carta que deberían leer los lectores que no han sido tan lectores en realidad. Y así como la amiga de Manuel, Gloria Fuertes, aconsejaba beber hilo, consejo beber todo Pacheco (*metaforeadamente* hablando) en su *Poesía Completa (1943-1997)*, tres tomos con *Libros del ensueño*, *Libros del pensar*, *Libros de vida*, *Libros del grito*, *Libros de Cantares* y Poemas sueltos. Guiado en todo momento hasta su último instante de vida por Manuel Pacheco. En la introducción, Antonio Viudas Camarasa pulsó todos los minutos de Pacheco desde su infancia hasta el fin, su muerte. Una inmensa obra de la que no pudo disfrutar: es el sino.

En *Libros del ensueño* están sus primeras obras: *Ausencia de mis manos*, *El arcángel sonámbulo*, *Los caballos del alba*, *El emblema del sueño*, *Los*

caminos de azul, El cine y Poemas para leer la pintura de Vaquero Poblador.

En *Libros del pensar* van *El azul de las palabras, Las telarañas del otoño, Los insonetos del otro loco, El libro de los insonetos, Antipoemas para complicar la línea recta, Las noches del buzo, El ente, Lo otro, Libro de las odas y Los espejos del silencio* (Segunda parte de *Las noches del buzo*).

En *Libros de vida* vemos *Presencia mía, Presencia del hombre, Poemas al hijo, Poemas desde la casa nueva, Poemas de color sepia y Horizontes azules.*

En *Libros del grito* encontramos *Las vitrinas del asco, En la tierra del cáncer, Todavía está todo todavía, Poemas en forma de..., Poesía en la tierra y Para curar el cáncer no sirven las libélulas.*

En *Libros de Cantares* leeremos *Cantares de ojos abiertos, Poemas para mirar las muchachas y Romances de ojos abiertos.*

Finaliza el tercer y último tomo con *Poemas sueltos* que van desde 1945 a 1997 en un todo muy seleccionado por Pacheco. Sería absolutamente imposible recoger todos los poemas sueltos de Manuel Pacheco a lo largo de su vida, repartidos por todo el mundo y Extremadura entera.

Como el orden de factores no se altera en Pacheco, jamás se puede olvidar su *Obra en Prosa 1949-1995*, antes mencionada y anterior a la *Poesía Completa*, de la Editora Regional de Extremadura y edición, igualmente, de Antonio Viudas Camarasa. Revisada con precisión por Pacheco tampoco quiere decir que esté toda su producción en prosa, no fue posible por espacio y presupuesto, y por otra parte el no querer dar a la luz determinados escritos, muy deliberadamente.

En la introducción, Viudas Camarasa ya nos dice que el autor (Pacheco) habla a través de su memoria y así nos desgrana su vida. La genialidad de Manuel está en otra de sus invenciones léxicas: prosema. El prosema es un mundo global en sí mismo, cabe todo lo imaginable que se genera de la creación literaria de un autor inagotable. Puro pachequismo. El corpus de la obra en prosa es potente y fértil:

Cuentos azules engloba *El río del otoño*, *La estela de la vida*, *El espacio imaginario*, *El sueño de la vida*, *Las cosas están vivas*, *La realidad fantástica* y *El color del color*.

Siguen *Diario de otro loco*, *Diario de Laurentino Agapito Agaputa*, *Prosemas en forma de...* donde leemos *Prosemas en forma de estética*, *Prosemas en forma de poesía*, *Prosemas en forma de novela*, *Prosemas en forma de teatro*, *Prosemas en forma de ciencia ficción*, *Prosemas en forma de surrealismo*, *Prosemas en forma de pintura y fotografía*, *Prosemas en forma de cine*, *Prosemas en forma de música*, *Prosemas en forma de autobiografía* y *Prosemas en forma de Extremadura*.

Vamos con el teatro, que tanto le gustaba: la más surrealista es *El ángel y las cerillas*, siguen *La cabeza no sirve para sentarse de culo* y *La poza romana*.

Dentro de *Estética* están *El Surrealismo y mi poesía*, *La otra cara de la pornografía*, *Prosema en forma de autobiografía y poética de Manuel Pacheco* y finaliza este apartado y el tomo de *Prosa Completa* con *La poesía y mi poesía*.

No digan que han leído a Pacheco, ni lo critiquen, si no han pasado sus ojos y corazón ante toda esta fuente de creación. No antes de agotar (es un decir) su magna obra completa de prosa y poesía. Después, digan.

Tal vez falte aquí un poema, o unos versos, pero sería injusta al escogerlos entre tanta belleza que espera lectores que descubran una expresión poética tan viva y original, tan creativa y dúctil. Lectores que no se dejen influenciar por el marchamo del Pacheco poeta social que con la antipoesía escupe sobre sobre el mundo y sus hombres. Hay que romper esa cárcel. La poesía de Pacheco una vez se ha liberado, con la libertad en forma de grito y piedra, nos hace discurrir con las imágenes y las metáforas por un mundo entre lo onírico y lo real muy evocador. Es el mejor homenaje a los cien años de su nacimiento.

PEDRO CIEZA DE LEÓN. EL PRÍNCIPE DE LOS CRONISTAS DE INDIAS

ANTONIO MARÍA FLÓREZ RODRÍGUEZ

Miembro Correspondiente Academia Caldense de Historia (Colombia)

Pedro Cieza de León, llamado *El Príncipe de los Cronistas de Indias*, nació en Llerena (Badajoz) en 1518 o 1520, viajó a América en 1535, recorriendo durante 15 años Santo Domingo, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá. Regresó a España en 1551, muriendo en Sevilla el 2 de julio de 1554. En la actualidad se le considera una de las cimas literarias de la Extremadura del siglo XVI, a la altura de El Brocense, Arias Montano, Naharro, García Sánchez o Hernán Cortés. Hay quien asegura que su nacimiento fue en realidad en 1522, basándose en datos indirectos aportados por el propio expedicionario extremeño en el «Proemio» a la *Crónica del Perú* (Sevilla, 1553): «...habiendo yo salido de España, donde fui nacido y criado, de tan tierna edad que casi no había enteros trece años...».

Cieza debió tener una buena educación tal como lo colige Soledad Acosta en su *Biografía de hombres ilustres y notables* (Bogotá, 1883), citando a Joaquín Acosta: «Sin una esmerada educación ...no se podría explicar ni la amenidad de su estilo, riqueza de las descripciones, ni, sobre todo, los sentimientos de humanidad que manifiesta hablando de los indígenas, en tiempos en que este modo de pensar no era común» (Joaquín Acosta, *Compendio histórico del descubrimiento*, París, 1848).

Marcos Jiménez de la Espada, el principal americanista español del siglo XIX y copartícipe de la Comisión Científica del Pacífico (1862-1865), fue quien le dio a Cieza tan digno apelativo al descubrir la calidad y magnitud de su obra y al reivindicar la autoría del extremeño de varios opúsculos que habían sido plagiados por Antonio de Herrera y Tordesillas en sus

Décadas (Madrid, 1601) o atribuidos equivocadamente a otros autores como ocurrió con *El señorío de los Incas*, que William Hickling Prescott asignó a Juan de Sarmiento, el que fuera Presidente del Consejo de Indias entre 1563 y 1564, en su obra *Historia de la Conquista del Perú* (Nueva York, 1847). Franklin Pease afirmó que tal distinción dada a Cieza no era ociosa, porque «escribió la más grande historia de sus años en los Andes» (Estudio Preliminar a las Crónicas de Cieza, Caracas, 2005). José Roberto Páez considera que esta primacía la comparte el extremeño con Gonzalo Fernández de Oviedo, el primer cronista oficial de las Indias, «quien supo aunar, con sin igual maestría, las armas y las letras; la nobilísima profesión militar y el ejercicio glorioso de la pluma» (*Cronistas coloniales*, Segunda parte, Quito, 1960).

Este reconocimiento bien ganado se debe sobre todo a su libro *La Crónica del Perú* que empezó a escribir en Cartago (Colombia) en 1541 y terminó en la Ciudad de los Reyes en Perú, el 8 de septiembre de 1550. El volumen se publicó en Sevilla en 1553 por la casa de Martín de Montesdeoca con una tirada inicial de 1.100 ejemplares, que se agotó en un año y que obligó a hacer una segunda edición corregida en Amberes en 1554. La publicación, que también su autor llamó «*libro de las fundaciones*» era la primera parte de la *Historia de la tierra del Perú*, tal como se firmó en el contrato de edición, y que constaba de cinco volúmenes más que no alcanzaron a publicarse en vida del autor. En la capital hispalense le entregó al impresor Martín Montesdeoca el manuscrito que en pocas semanas tuvo impreso, estampándole el colofón de la obra el 15 de marzo de 1553. El libro constaba de 10 hojas preliminares y 114 folios de texto a doble columna.

La importancia de Cieza de León radica en su condición de cronista, más allá de sus aportes como descubridor y militar al lado de o bajo las órdenes de muy reconocidos personajes como Pedro de Heredia, Alonso de Cáceres, Juan de Vadillo, Pascual de Andagoya, Jorge Robledo o Sebastián

de Belalcázar. Fue el primero que describió con profusión y detalle y con criterio historicista, en la primera y cuarta partes de su *Crónica del Perú*, el paisaje, la flora y la fauna, los hábitos y las costumbres de los indígenas que poblaban estas tierras americanas cuando llegaron los españoles en el siglo XVI. (*Crónica del Perú*, caps. VII al XXVII y en la *Guerra de Salinas*, caps. LXXX y LXXXI). Es muy probable que Cieza de León, antes de iniciar la redacción de sus crónicas durante las distintas expediciones en las que participó, llevara un cuaderno de viaje donde anotaba sus impresiones del paisaje y el comportamiento de los indígenas que se topaban por el camino y de los avatares que sufrían los conquistadores en sus avances por los inhóspitos territorios que trasegaban.

La valía irrefutable del cronista la ponderó Jiménez de la Espada en el estudio preliminar a la *Guerra de Quito* (1877) «Pedro de Cieza de León reconoció en persona el país, teatro de la historia que proyectaba... demarcando como experto geógrafo, la variedad de sus regiones y climas;...observando como naturalista las especies más útiles y curiosas, bravías y domésticas; de animales y plantas; describiendo como etnógrafo o investigando como anticuario la raza, gesto, trajes, armas, alimentos, costumbres, creencias, industria, artes, gobierno, tradiciones y monumentos de las gentes indígenas; gozándose en pintar a grandes rasgos la fisonomía de la tierra y del cielo, en la magnificencia de los nevados y volcanes, la grandeza y multitud de los ríos, la espesura y misterio de las gigantes selvas y la yerma soledad de las *xallcas* y *punas*...» (pp. XXVII-XXVIII).

De la Espada dijo, además, con largueza sobre el extremeño que «Ejercitó nuestro cronista... sus grandes cualidades de historiador en ésta como en la primera parte de su obra; aunque... en ambas lucen en primer término el tino con que observa e investiga, la animación y propiedad con que describe y la facilidad con que su pluma discurre por donde se le antoja. Mas cuando aquellas se mostraron con toda su virtud, fue al entrar ya de

lleno en el asunto capital de su crónica: los hechos de los conquistadores, y especialmente sus guerras intestinas; tempestad de pasiones desatadas atraída por los montes de plata y de oro del riquísimo suelo peruano, confusa y atropellada muchedumbre de sucesos extraordinarios e inauditos, donde para juzgar y discernir lo criminoso de lo heroico, lo justo de lo injusto, lo contingente de lo necesario, lo bueno de lo malo, era preciso ser dueño de una prudencia consumada, una imparcialidad a toda prueba, una intención sanísima, un juicio perspicaz y reposado, y una cabeza y voluntad de hierro...».

Abundamos en la tesis de que Cieza fue el *Príncipe de los Cronistas de Indias*, siguiendo lo expuesto por Manuel Ballesteros en su Introducción a las *Crónicas de América 4. La Crónica del Perú* (1984): «Título mercedísimo por la calidad de sus escritos, la amplitud de los temas que abarca, por la sistemática ordenación de los materiales informativos que comprende, por el fluido, vívido, jugoso estilo con el que están redactados, y por la brevedad del tiempo en el que fueron compuestos».

MUESTRA:

«Saliendo de la ciudad de Antiocha y caminando hacia la villa de Ancerma verse ha aquel nombrado y rico cerro de Buritica, que tanta multitud de oro ha salido dél en el tiempo pasado...es el camino muy fragoso, de muy grandes sierras peladas, de poca montaña. Todo ello o lo más está poblado de indios, y tienen las casas muy apartadas del camino...»

«...Pues volviendo a la materia: acuérdome cuando descubrimos este pueblo con el licenciado Juan de Vadillo, que un clérigo que iba en el armada, que se llamaba Francisco de Frías, halló en una casa o bohío de este pueblo de Buritica, una totuma, que es a manera de una albornía grande, llena de tierra, y se apartaban los granos de oro de ella muy espesos y grandes; vimos allí también los nacimientos y minas donde los cogían, y

las macanas o coas con que lo labraban... Acuérdome que yendo a buscar comida un soldado llamado Toribio, halló en un río una piedra como la cabeza de un hombre, toda llena de vetas de oro, que penetraban la piedra de una parte a otra, y como la vido, se la cargó en sus hombros para la traer al real; y viniendo por una sierra arriba encontró con un perrillo pequeño de los indios, y como lo vido, arremetió a lo matar para comer, soltando la piedra de oro, la cual se volvió rodando al río, y el Toribio mató al perro, teniéndolo por de más precio que al oro, por la hambre que tenía, que fue causa que la piedra se quedase en el río donde primero estaba. Y si se tornara en cosa que se pudiera comer, no faltara quien la volviera a buscar, porque ciertos teníamos la necesidad muy grande de bastimento...»

Pedro Cieza de León. *La Crónica del Perú*. Capítulo XIV



Primera página de *La Crónica del Perú* (1553).

ENTREVISTA A JUAN RAMÓN SANTOS

PRESIDENTE DE LA AEEX DESDE 2015 A 2019

Nacido en Plasencia en 1975, Juan Ramón Santos es Licenciado en Derecho y en Ciencias Políticas, y autor de novelas, relatos y libros de poesía. Fundador de la Asociación Cultural Alcancía, de Plasencia, desde 2005 coordina con Nicanor Gil el Aula de Literatura «José Antonio Gabriel y Galán», de Plasencia, y entre 2015 y 2019 fue presidente de la Asociación de Escritores Extremeños.

Mantiene una sección dedicada a la reseña y recomendación de libros en la web www.planvex.es bajo el título «Con VE de libro».

Premios: Con *Cortometrajes* y *Cuaderno escolar* quedó finalista del Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España en sus ediciones de 2005 y 2009. En 2019 resultó ganador del Premio Felipe Trigo en su modalidad de narración corta con *El síndrome de Diógenes*.

Obra publicada. Novela: *Biblia apócrifa de Aracia*, Badajoz, Del Oeste Ediciones, 2010; *El tesoro de la isla*, Mérida, Editorial de la luna libros, 2015 y *El verano del Endocrino*, Tegueste, Editorial Baile del Sol, 2018. Relato: *Cortometrajes*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2004; *El círculo de Viena*, Gijón, Llibros del Peixe, 2005; *Cuaderno escolar*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2009; *Palabras menores*, Mérida, Editorial de la luna libros, 2011; *Perder el tiempo*, Mérida, Editorial de la luna libros, 2016. Poesía: *Cicerone*, Mérida, Editorial de la luna libros, 2014; *Aire de familia*, Sevilla, *La isla de Siltolá*, 2016. Antologías y libros colectivos: *Relatos relámpago*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura, 2007; *Por favor, sea breve 2*, Madrid, Páginas de espuma, 2009. Traducción: *Lo invisible*, de Rui Lage, Madrid, La Umbría y la Solana, 2020.

¿Qué balance hace de sus cuatro años al frente de la AEEX?

Antes de responder os diré que esto que hacéis me parece poco prudente. A los expresidentes hay que dejarles sumirse plácidamente en el olvido. Se les puede consultar de cuándo en cuándo algo en privado, pues pueden darse situaciones o problemas que ellos ya hayan vivido, y en ese caso su experiencia puede ser útil, pero darles páginas como las de esta revista o tiempo de pantalla es arriesgarse a que digan sandeces, pues, si opinar a la ligera sobre cómo hay que hacer las cosas es fácil cuando no se tienen responsabilidades, más aún lo es desde la soberbia de haberlas ostentado. En cualquier caso, os agradezco la buena fe, o la osadía, y trataré de responder sin decir ninguna estupidez.

En cuanto al balance de estos años, creo que es positivo. No soy yo dado a la exageración ni a tirar las campanas al vuelo, pero considero que hicimos un buen papel. Me siento un poco abuelo cebollera, porque estas cosas las he contado varias veces y ya me empiezan a sonar acartonadas, pero he de recordar, de nuevo, que cogimos la asociación en horas bajas, después de un mandato, el de Isabel Pérez, muy duro, en que la pérdida de subvenciones y de apoyo institucional por la crisis económica, y la situación general de depresión que vivimos entonces, hicieron necesario hacer recortes dolorosos, limitando la actividad de la AEEX a lo imprescindible. De hecho, vistas las cosas a toro pasado, parece casi un milagro que se lograra no solo mantener las aulas de literatura (el proyecto principal de la asociación, y el que mejor pone de manifiesto su vocación de servicio público), sino, además, organizar el congreso de escritores de Badajoz y el oportuno homenaje a Santiago Castelo. Nuestra labor al principio fue intensa y poco visible. Tomamos contacto con los nuevos responsables en las distintas administraciones (pues el cambio de directiva coincidió con recientes cambios de poder

en la Junta, diputaciones y ayuntamientos) para tratar, al menos, de asegurar el apoyo a la AEEX, pero también de que se reforzase el papel de la Editora Regional o se recuperasen instrumentos que nos beneficiaban a todos, como las ayudas a la edición. Además, nos dedicamos a reorganizar internamente la asociación y a actualizar la información de los socios para hacer más eficaz el cobro de las cuotas y asegurarnos más recursos, pues nos hacía falta una cierta seguridad económica para emprender nuevos proyectos. Fue un trabajo invisible pero que dio sus frutos, pues a partir de ahí reanudamos la publicación anual de esta revista, que nos parecía una de las señas de identidad de la AEEX, pusimos en marcha el boletín de novedades editoriales, una forma sencilla y económica de poner a todo el mundo al tanto, aunque solo fuera dos veces al año, del trabajo de los compañeros, y organizamos la jornada de Guadalupe, que debería haber sido el primero de una serie de encuentros anuales para reforzar vínculos entre los socios, al que debería haber seguido, a finales del año pasado, un segundo en Plasencia que, por dificultades de última hora, no se pudo realizar. Sí pudimos realizar el Congreso de Escritores de Villanueva de la Serena, que creo que podemos considerar un éxito, sobre todo por el extraordinario ambiente que se vivió desde el principio, un ambiente casi festivo, muy útil para acercar a los socios y hacerlos sentir más vinculados a la AEEX. También hubo proyectos, claro, que quedaron en el tintero, como uno muy personal e interesante de Antonio Reseco para organizar y potenciar nuestro patrimonio documental, que tratamos de impulsar pero en el que no llegamos a avanzar demasiado, o la reforma de los estatutos, con la que hubiéramos querido adaptarlos a la realidad de la asociación, eliminando rigideces innecesarias, definiendo mejor la labor de ciertos cargos, etcétera, pero comprendo que es complicado llevar a cabo todo lo que se pretende.

¿Por qué decidió presentarse y por qué lo dejó?

Decidí presentarme por pura lealtad a la AEEX. Como muchos otros socios, a lo largo de los años me había ido beneficiando de programas y actividades promovidos por la asociación o en los que la asociación, como poco, estaba presente, incentivándolos o respaldándolos (estoy pensando en las aulas de literatura, jornadas, congresos, becas a la creación, ayudas a la edición o lecturas en talleres literarios u hogares extremeños), y, en un momento de crisis y de posible vacío de poder (pues no parecía haber otros candidatos), e impulsado por un puñado de compañeros que confiaban en mi capacidad de gestión (pues de otro modo ni se me habría pasado por la cabeza), me sentí obligado a presentarme y tirar del carro para que la AEEX siguiese adelante e intentar que esos programas y actividades pudieran recuperarse o seguir desarrollándose, de modo que otros pudiesen también beneficiarse de ellos.

En cuanto a dejarlo, fue por varios motivos, un poco por cansancio, no lo niego, pero sobre todo porque nos pareció que el nuestro había sido un trabajo de transición y que ya estaba hecho, y que a partir de ahí lo que quedaba, tal vez, era llevar a cabo una serie de cambios para los que estábamos menos capacitados, para los que hacía falta un equipo de gobierno menos ligado quizá al pasado, a la tradición, digamos, de la AEEX, con nuevas ideas y otra forma de ver las cosas. De todos modos, la regla en la asociación, mirando atrás en su historia, ha venido siendo más el mandato único que el doble...

¿Qué ha supuesto para usted estar a la cabeza de la AEEX durante ese tiempo?

Concibo los cargos como cargas, es decir, no como títulos que se ostentan sino como responsabilidades que se asumen, y por eso lo que ha supuesto ha sido mucho trabajo para intentar que las cosas funcionasen lo mejor posible y más de un dolor de cabeza, porque, en una asociación con tantos socios, que lleva a cabo no pocas actividades y que depende, en buena medida, de la Administración (lo que supone mucha burocracia y mucho papeleo) es inevitable que surjan problemas y algún que otro momento de crisis, pero también me ha dado muchas satisfacciones, sobre todo, la de trabajar mano a mano con algunos compañeros y disfrutar, de paso, de su amistad.

¿Qué papel debiera jugar la Asociación de Escritores de Extremadura en estos momentos de crisis y hacia el futuro, desde su experiencia como presidente anterior?

Su principal reto es, antes que ningún otro y de cara al futuro, asegurar el relevo generacional, que es otro de los objetivos que, lamentablemente, y a pesar de haberlo intentado, no logramos alcanzar durante nuestro mandato. Me preocupa de manera especial, porque, desde mi perspectiva como gestor cultural, veo cómo muchas asociaciones van envejeciendo sin perspectivas claras de relevo, como mucho, apañándose para respirar algunos años más, porque quien acaba asumiendo las responsabilidades sigue siendo gente de una cierta edad que lo más que puede hacer es aplazar un poco el naufragio. Eso mismo puede pasarle a la AEEX: o se incorporan escritores más jóvenes que se pongan al frente o en unos años se acabará convirtiendo en un geriátrico y estará abocada a la desaparición, y me preocupa porque no es tarea fácil, pues me temo que la gente más

joven no considera que una asociación sea algo útil, y hablo en general, no solo de la nuestra. En nuestro caso concreto, hoy existen muchas maneras, sobre todo gracias a internet, de conseguir objetivos personales (publicar, darse a conocer y promocionarse), pero también de trabajar, si hace falta, en equipo sin tener que asumir, en ninguno de los casos, la enorme carga que a menudo supone una asociación, y eso las hace poco atractivas. Yo quiero pensar que las asociaciones siguen siendo útiles, que en ellas se fragua, de una forma casi misteriosa (especialmente en una como la nuestra, que agrupa a seres tan individualistas y egocéntricos como los escritores), un cierto interés colectivo por encima de la suma de los intereses particulares, y que eso al final es beneficioso para todos, para los socios y para la sociedad, pero hacerlo ver no es, me temo, tarea fácil...

En cuanto a su papel, con todo, y a pesar de la necesidad de llevar a cabo cambios que la hagan atractiva para la gente más joven y que aseguren su futuro, su papel debería seguir siendo en buena medida el de siempre, una asociación volcada en la promoción de la Cultura a través de la Literatura y que trate de proteger, más incluso que los intereses directos de los socios, el sector cultural y editorial, porque, no nos engañemos, la inmensa mayoría de nosotros somos eso que alguien ha llamado con mucha ternura escritores domingueros, gente que, aunque viva por y para la escritura, no vive de ella, gente que se gana la vida con otras cosas, que aprovecha los huecos que le quedan entre el trabajo, la familia y otras obligaciones para escribir, y cuyo deseo no es tanto ganar dinero como no perderlo y, sobre todo, ver su trabajo publicado para que alguien lo pueda leer, y para eso es fundamental que se mantenga el entramado de editoriales, imprentas, distribuidores, librerías, ferias, encuentros y actividades culturales, y eso hace que acaben resultando más importantes, por poner un ejemplo, las ayudas a la edición que las becas a la creación, por más que estas últimas, en teoría, nos beneficien más directamente al permitirnos cobrar algún dinero. Que ese ecosistema ya no

es solo físico, sino virtual, que eso hace que se diluyan muchas fronteras y se abran muchos caminos, y que la acción de la AEEX tiene que adaptarse a esa realidad, sin duda, pero su papel, en lo sustancial, debería seguir siendo, quizá, el de siempre.

Cuéntenos una anécdota de su presidencia al frente de la AEEX.

Las anécdotas más jugosas tienen que ver, me temo, con los dichosos egos literarios, que no escasean, claro, entre los compañeros, pero no me parece conveniente contarlas. Esas me las reservo para reuniones en petit comité, tomando unas cervezas, lo que me permite ser discreto sin dejar de recordarlas, pues es hermoso hacerlo. Las tengo en buena estima. A veces me sorprendieron, otras me molestaron, y algunas me hicieron reír a carcajadas, pero todas me ayudaron a aprender un poco más sobre eso tan triste que solemos llamar la condición humana.

Contaré algo que no sé exactamente si es una anécdota, pero que me parece feliz y constructiva, la elección del vicepresidente, Antonio Reseco. La verdad es que yo no conocía a Antonio. Le había leído y sabía que llevábamos, en cierto modo, vidas paralelas (los dos habíamos estudiado Derecho, los dos teníamos una cierta experiencia editorial –él con *Littera*, yo con *Alcancía*–, la trayectoria de los dos era discreta), pero no lo conocía. La primera vez que hablé con él fue en una presentación de la revista «La Luna de Mérida» dedicada a la colección de poesía Luna de Poniente. Calculo que tuvo que ser poco después de que yo presentara yo mi candidatura a la presidencia (algo que hice a última hora, en solitario, sin otro nombre en el papel que el mío). Antonio se dirigió a mí al acabar aquella presentación y estuvimos hablando un poco de la AEEX. Fueron menos de cinco minutos, porque él se tenía que marchar a Villanueva, y no tengo ni idea de qué hablamos exactamente en ese rato, pero recuerdo que en ese mismo

momento supe que tenía que ser el vicepresidente. Se lo ofrecí nada más salir elegido, aceptó por pura responsabilidad. Creo que ha sido la mejor decisión que tomé en mis cuatro años de mandato y es, sin duda, la decisión de la que más orgulloso me siento, porque es un tipo extraordinariamente inteligente, con las ideas muy claras y que trabajó muchísimo esos cuatro años sin otra ambición que no fuera la buena marcha de la AEEX, algo en lo que colaboró sobremanera. No soy amigo de exageraciones, y menos aún de presumir (algo bastante absurdo), pero creo que esa vez demostré tener un magnífico olfato.

¿En qué proyectos anda metido ahora?

En mi caso hablar de proyectos me resulta casi pretencioso, porque proyecto me parece que evoca una forma de trabajar mucho más metódica, ordenada y ambiciosa que la mía. Yo lo más que tengo son vagas intenciones que, como escritor dominguero que soy, dependen, claro, de la situación laboral o familiar que viva en cada momento (algo que en el fondo quizá no sea tan crucial, porque soy de esos gilipollas que cuanto más tarea tienen, más desenvuelven), pero también de la situación anímica, de que te apetezca más o menos escribir, y, sobre todo, de algo bastante azaroso, que de repente descubras algo que de verdad te enganche y te obligue a aprovechar cualquier rato libre para trabajar en ello y a seguir haciéndolo, incluso, en segundo plano, el resto del día. Hará un par de años, o algo más, disfruté de un largo período de euforia de ese tipo y yo diría que en año y medio más o menos escribí casi de un tirón (no necesariamente en este orden) una novela, una novela corta, un libro juvenil, otro infantil a medias con mi hija y algunos poemas, además de hacer una traducción del portugués. De toda esa producción, lo único que ha visto la luz hasta la fecha ha sido la traducción, la de la novela *Lo invisible*, del escritor Rui

Lage, publicada hace unos meses por la editorial La Umbría y la Solana, y no tardará en salir, espero, la novela corta, El síndrome de Diógenes, que ganó el año pasado el Felipe Trigo de narración breve. El resto, ahí está. Debería revisarlo, corregirlo si es necesario, plantearme si merece la pena publicarlo y ver dónde y cómo hacerlo, aunque lo que de verdad me apetece ahora es sentarme a ver si soy capaz de sacar adelante un par de novelas a las que llevo dando vueltas desde hace años pero que no acaban de salir, una, porque no sé bien por qué derroteros debería discurrir, la otra, porque quizá lo sé demasiado y me da pereza, pues tengo la sensación de que poco voy a descubrir, y a disfrutar, si me siento a escribirla, aunque al mismo tiempo me sigue pareciendo atractiva. En fin. No lo sé. Ya veremos.

Esto es todo, amigos. Gracias por vuestra amable e imprudente deferencia. Espero no haber dicho nada inoportuno. Me marcho a seguir sumiéndome plácidamente en el olvido.

COLABORACIONES LITERARIAS.

MICRORRELATOS

LEONOR

Don Antonio miró el camión manchado de sangre de su joven esposa. Acudían a su boca las lociones inútiles para los que están cerca de los agonizantes, y puso rígidos los pies debajo del miedo, como si pateara a una culebra. El médico le condujo aparte y pronunció su nombre despacio.

La tuberculosis, a solas con Leonor, componía sextinas en los palcos de los pulmones y encharcaba los rezos. La tarde se enrojeció debajo de los platos donde alguien había depositado almendras verdes. Don Antonio solo tuvo tiempo para retirar la ceniza del tabaco antes de comprender que la soledad se había dormido sobre los libros abiertos y había horadado las guardas, oxidado el hule y consumido la hora en que los alumnos del instituto se recogían junto al fuego.

Imaginó que Jules Laforgue, el poeta francés muerto de tisis, y su mujer bailaban en el cuarto de al lado un vals como solo saben hacer los enfermos y los seres sumisos. En ese momento, deseó ser del mismo material que las tazas que chocan contra la piedra, pero no se rompen.

—Antonio, acércate. ¿Por qué la lámpara está tan fría?

José Antonio Llera

CATARSIS

Ahora que estoy encerrado me liberan las palabras. Palabras de un ser desesperado que actuó del mejor modo que supo, pero que fue el equivocado. Lo hice por ti, y por la niña, porque no teníamos nada, salvo hambre y desesperanza. Robar comida no debería ser delito sino prebenda. Pero no lo es, no en esta dictadura absolutista, no en este siglo XIX que recién comienza, no en este país otrora rico que los de arriba y los de fuera, con sus malditas guerras, han vaciado de tripas, corazón, alma y riquezas. Y aquí me pudro, en esta cárcel, en esta mísera celda, mínima de espacio y repleta de mierda, compartiendo con cuatro inocentes tan culpables como yo la condena de las rejas, que es llevadera, y la de no tenerte, que es la eterna, la que de verdad consume y aterra. Me liberan palabras, te digo, que ojalá leer puedas, aunque hablan de miserias: del agua sucia que a cuentagotas llega, del mendrugo de pan seco y la sopa boba; caldo con suerte, si suerte hay de que un trozo de carne náufraga vare en ella; de nuestros anfitriones, carceleros, hombres como nosotros aunque, cuando entran y sin motivo una paliza asestan, no lo parezcan. Hombres, son solo hombres, me repito mientras me hago un ovillo y me cubro la cabeza. Pero las patadas llegan; hombres ni mejores ni peores que yo, a los que les sonrió la suerte o les esquivó la desdicha; a los que la perra vida o el hado quitó, durante un instante, su inmisericorde ojo de encima. Pero no era este mi alegato. Es el miedo, negro sobre blanco, quien maneja mi mano. Solo os quería solicitar tres cosas: a ti, María, mi esposa, amada mía, el ser perdonado. Por no llegar a ser el hombre que siempre quise, y que permeara como agua infecta en ti mi desánimo; a ti, Rosario, mi querida hija, nuestra dulce niña, que crezcas siendo una persona de bien, porque al que es bueno solo le pueden quitar la dignidad y siempre deja bondad por legado. Y a ambas, que me olvidéis.

Que viváis una nueva vida en la que yo no sea más que el borrón en un cuaderno ajado; en la que seáis todo lo felices que las circunstancias no os permitieron ser en mis brazos; en la que el pasado que yo represento quede, aquí y por siempre, sepultado. Porque el amor por vosotras del que estas palabras firma pervivirá en el olvido y, si hace falta, al juicio sumario que todo hombre ha de arrostrar al final, sea libre o esclavo.

Mario Peloché

DÍAS MUDOS

El profesor de lenguas hace muchos años que ya no sabe si camina en zapatillas, dentro de las zapatillas, por las zapatillas, desde las zapatillas, con zapatillas o a zapatillazos. Se había olvidado un poco del tema, de lo lioso de los matices de las preposiciones en su uso en las distintas lenguas hasta el encarcelamiento. Vivir retirado del mundanal ruido era ya un hábito desde su jubilación y, aunque no le costó adaptarse a la nueva situación de encierro obligado voluntario, echaba de menos el paseo matinal, la compra del pan y el periódico, el desayuno en el bar de la gasolinera, la amplitud del horizonte, la línea de la montaña que desde las ventanas de su cárcel no se alcanza. Todo lo más, alcanza a ver —sin gran interés— la hilera de casas de los vecinos del otro lado de la calle: sus limoneros, enredaderas y parras; algún niño que juega en el casi jardín unifamiliar; algún pájaro en aleros, antenas o canalones; un trozo de cielo —azul, gris o con nubes de paso según el día—; cortinas, persianas en las ventanas y algún rostro detrás —ciego, silente y ensimismado— como él mismo. Salvo el vecino de enfrente que necesita de vez en cuando del ruido de martillos, clavos, sierras, radiales, taladradoras para saber que existe, el día transcurre mudo, sin aspavientos. Los mirlos y urracas alborotan al clarear del día desde tejados y chimeneas. Amanece. Rememora y canta las preposiciones como de niño, pero sin saltos. A la pata coja, no sería capaz. A, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, durante, en, entre, hacia, hasta, mediante, para, por, según, sin, so, sobre, tras, la puerta *cerrá*. Versus y *vía* entonces no se cantaban y piensa que ahora, so pretexto de matizar por coronavirus o con coronavirus, ya no sabemos si vamos por zapatillas, con zapatillas o a zapatillazos.

Emilia Oliva

REALIDAD AUMENTADA

La narración de las aventuras de aquella novela corría a la par que el estado del libro. No podía decir que fuese nuevo porque lo compró en una tiendecita de segunda mano, pero cuando comenzó, el libro estaba íntegro (al menos lo que cualquier librero hubiera calificado como aceptable estado de uso) y a medida que avanzaba la novela, debido a los distintos avatares de los protagonistas y a los reveses de la fortuna, el libro fue sufriendo un progresivo estado de degradación. Se iba desflecando, se descolgaba, se le cayeron churretes grasientos y hasta iba desencuadrándose tras diversas calamidades, como el episodio de la tormenta en el mar, reduciendo a harapos algunas velas. Desde ese momento, poco a poco, iría mermando la tripulación, surgiría la hambruna, el motín a bordo y se agravarían los achaques del libro, al que se le desmembró el lomo y algunas páginas se descosieron. De todo el libro solo le quedaban ya tres fascículos medio rotos por leer, abatida la portada y contratapa desde hacía varias jornadas, tras chocar frontalmente con un iceberg su estilizada proa y, cuando llegó al final de la novela, convertida en un auténtico suplicio, un forcejeo con la suerte ingrata cada vez más penosa tras la deriva por las costas heladas de los esquimales, se desgajaron sus páginas, de puro viejo que estaba ya. En el esfuerzo final se derrumbó y por todo indicio de volumen, severamente diezmado, se quedó en un último aliento con la página final de la novela en las manos, como orgullosa insignia salvada al naufragio de la nave que fue.

José Juan Martínez Bueso

MARE DE DEUS

Cuando por fin los especialistas confirmaron su preñez despejó de trastos la habitación más soleada, cubrió las paredes de peces dulzones de papel pintado y restauró la cuna de madera regia tocada con un noble dosel transparente. Mezcló en un crisol imaginario los rasgos de belleza que pretendía irrenunciables: los labios de ella en eme mayúscula, la nariz mediterránea y la mirada azulina de su esposo. Parloteaba día y noche sobre nombres adecuados, estudios futuribles, madrinazgos y mecenas. Pero el bebé alumbrado no nació como ella soñaba. Jamás descorrió el dosel para las visitas y, cuando se quedaba a solas, despellejaba con furia los peces de papel pintado.

Montaña Campón

INCUBADORAS

Desde que empezamos a trabajar en la clínica lo hacemos. Cada día me encargo de llevar a los recién nacidos a la báscula de peso y medición. Allí, Anabel los seca y les unta con crema hidratante, procediendo a cambiarles la identidad, poniéndoles en esa pulserita identificativa que cuelga de su delicada muñeca, un nombre y unos apellidos que en realidad no son los suyos. Acto seguido, María se encarga de llevar al bebé a la sala de incubadoras. Resulta grotesco, a la par que divertido, ver cómo los padres saludan a los bebés desde los cristales de la sala, ignorando que en realidad la criatura a la que saluda no es de su sangre.

Cada martes por la noche, al acabar el turno —cuando en planta solamente quedan las limpiadoras— nos reunimos las tres en la cafetería. Comentamos las caras e impresiones de esos inocentes padres a los que hemos engañado a lo largo de la semana: nos sentimos reconfortadas. Sabemos que lo que hacemos no está bien, pero nos divierte, porque al contrario que a los hijos de esos padres que observan embobados a las criaturas descansando en las incubadoras, a nosotros no nos quisieron cuando éramos pequeñas: fuimos niñas maltratadas, olvidadas y por ende abandonadas a nuestra suerte en reformatorios, conventos o en casas de desconocidos que nos trataron con una amargura que hizo mella en nuestro carácter. Es por eso que cuando entramos en el hospital, después de tantos años juntas, llegamos las tres a la misma conclusión: al igual que no fuimos felices nunca, tampoco lo serán aquellos bebés que pasen por nuestras manos. No habrá ninguna familia feliz hasta tener saciadas nuestras ansias de venganza.

Xavier Rossell

THE END

*This is the end, beautiful friend
This is the end, my only friend, the end
Of our elaborate plans, the end
Of everything that stands the end
No safety or surprise, the end
I'll never look into your eyes. . . . again*

The Doors, *The end*

Volví a casa y allí, sentada en el porche, me esperaba la Muerte. Distinguí el fulgor de su guadaña a lo lejos; incluso llegué a asustarme pensando que pudiera tratarse de ladrones o algo peor. Cuando estuve frente a ella — qué otra cosa podía hacer— la invité a entrar. Vino a decirme, con unos modales feísimos, que prefería esperar allí mismo, en el jardín.

Sin perder la compostura —de qué me serviría— he encendido unas velas y he puesto a los Doors a todo volumen. Si he de morir quiero que sea a lo grande. Y como en mi situación sería estúpido preparar yo mismo mi última cena, he encargado comida china por teléfono. El triple que de costumbre: esta vez no voy a reparar en gastos, me he dicho.

Ante la tardanza del repartidor, y como en realidad no tengo apetito, he aprovechado para dar una cabezadita en el sofá.

Me ha despertado la sirena de la ambulancia. Al mirar por la ventana, he podido reconocer al mensajero, aplastado contra la valla del jardín; la motocicleta aún echaba humo. Ya en el porche he tropezado con el casco, salpicado de salsa agri dulce.

De la Muerte, en cambio, ni rastro.

Daniel Casado

LA DEDICATORIA

Es de los extremeños el vagar dispersos por el mundo, como vilano echado al viento. Todavía se encuentran recuerdos de nuestro vivir trashumante, de eternos emigrados, en algunos lugares perdidos en lo profundo de los montes o invadidos por los jarales.

La aldea en cuestión fue un pueblo en su día. Ahora quedarán diez o quince vecinos, viejos reviejos que esperan el fin sentados en sillas de anea mientras airean una y otra vez los mismos recuerdos. La dejadez se nota por todas partes, casas ruinosas, tejados caídos, huertos enmarañados, los huecos oscuros de puertas y ventanas que hace tiempo se pudrieron. La iglesia está cerrada a cal y canto. Hace años que no llega ningún sacerdote a dar misa, me han dicho. En el huerto trasero hay un viejo cementerio: árboles añosos, hiedras, una alfombra de hojas muertas. Las tumbas están señaladas por herrumbrosas cruces de hierro o desmoronadas lápidas de piedra y, aún así, algunos ramos de flores, algunas cintas, desaffan al olvido. Al fondo, en el rincón más escondido, hay una lápida con una hornacina de cristal que guarda un libro. Un libro viejo, con la portada gastada por el sol y las inclemencias.

No puedo evitar la tentación de abrirla, desprendiendo el candado roñoso, y sacar el libro de ella. Las páginas húmedas y amarillentas se desprenden al pasarlas. La impresión es muy antigua y el título, ilegible en la portada, hay que buscarlo dentro: *Vida y costumbres en Argentina*, por un tal Jorge Vidal. En la primera página puede leerse una dedicatoria: «Con cariño te recuerda esta Navidad: Juan José. Diciembre de 1904».

Julio Alejandro

EL ANACORETA

Aquella mañana el anacoreta se detuvo ensimismado a la entrada de su caverna. Al tiempo que pasaba los dedos por una barba entrecana que casi le llegaba al ombligo, pensaba en los seis lustros que llevaba entregado al ascetismo del ayuno, de la soledad y el silencio.

Admitió, estupefacto, que había olvidado la razón última de su sacrificio, de su extrema renuncia. Como respuesta, únicamente recibió la infinitud arenosa, plana del desierto que lo rodeaba.

Solo se le ocurrió seguir juntando las manos y mirar anhelante a los cielos.

Adolfo Gómez Tomé

VENCIENDO A LA COVID

La brisa del mar acariciaba mi piel y me susurraba al oído historias de navegantes, sirenas y dioses de otras épocas, haciendo que mi mente las visualizara de manera mágica. El sol calentaba suavemente, sin quemar en lo más mínimo. A lo lejos se podía divisar la silueta de delfines saltando y volando por el aire, para de nuevo sumergirse en el agua. Entonces quise ser uno de ellos y comencé a andar hacia ese mar que me invitaba a entrar en él. Mis pies contactaron con el líquido, después el resto de mi cuerpo. Y nadé hasta ellos. Con su lenguaje me dijeron que no tuviese miedo a entrar en las profundidades, ellos me ayudarían a respirar. Así que no tuve miedo.

Increíblemente, tal y como ellos decían, a mis pulmones llegaba el oxígeno de alguna manera que yo no entendía pero que me hacía sentir capaz de seguir moviéndome por esa inmensidad que los delfines me mostraban. Neptuno apareció con sus ninfas e hijos tritones, montados en caballos blancos que galopaban hacia mí majestuosamente. Su tridente brillaba con luz propia, invitándonos a seguir un camino que nos llevaría a los confines del océano. Yo no podía más que seguir nadando, siguiéndoles a todos ellos y maravillándome con ese mundo hasta ahora desconocido.

Cuando llegamos a una especie de cavernas submarinas, el rey del mar me detuvo denegando mi paso a ese lugar prohibido. Dijo que mi viaje había concluido, pues no les estaba permitido mostrarme más. Debía volver a la playa y comenzar a respirar por mí mismo de nuevo, fuera del agua, cosa que me disgustó bastante al querer continuar descubriendo su mundo. Intenté seguirles a pesar de su disconformidad y fue entonces cuando uno de los delfines puso su cabeza en mi estómago y comenzó a subirme hasta la superficie sin yo poder hacer nada al respecto. Al sacar

mi cabeza fuera del agua, una arcada nauseabunda hizo que vomitase agua salada. Seguidamente, una bocanada de aire fresco comenzó a entrar en mis pulmones, esta vez con mi respiración que automáticamente había comenzado, por sí sola, a funcionar. Y fue entonces, solo entonces, cuando me di cuenta de dónde estaba realmente. El doctor me comentó que había estado muchos días entubado y sedado por mi insuficiencia respiratoria.

Josefa Montero López

No hay día en que no piense que sería mejor morir. —*Cualquier mañana de estas, no habrá quien me levante más*—, rumia alojando los pies en sus zapatillas de estar por casa. El dorado aparece tras las nubes de tormenta que se llevarán el cansancio a otra parte, donde pueda seguir de cerca las intenciones de Andrés y barrerlas hacia fuera. *Encontrar la autenticidad en una misma conduce al río que va a parar al mar de la satisfacción, de la tranquilidad, de la no violencia en el verbo diario.* Esa reflexión la consuela, la deja caminar hasta la cocina y ponerse el café en una taza verde. Abre el ordenador, revisa el correo, relee unos poemas escritos de madrugada con algún vino de por medio. Ya no le gustan, pero los guarda; los clasifica en carpetas con fechas y recorre otras líneas en busca de palabras que la animen a no desbordarse. Le resulta difícil volver a crear alguna cosa que no sea tan gris como el cielo que la observa brevemente a través de los visillos calados. Acierta en la previsión de una jaqueca, recuerda el amor desprovisto de verdad y de nuevo anhela una escoba, para barrer las virtudes y los restos que le han dejado en la puerta. Su corazón es una casa que aún se derrumba. Los pilares apuntalados ya se quiebran de pensamiento, un solo mazazo acabará convirtiéndolos en polvo: *del polvo venimos y en polvo nos convertiremos*, mas queda vida todavía por delante y el tiempo se llevará los restos y ¡que se zurzan los días malos con hilos de colores y lentejuelas!

El vacío se va colmando con cada arruga nueva, cuando algunos mechones ya se han tornado blancos, llega la luz en adagio. Luego cavila: *Siempre se puede renacer de las cenizas aunque se las lleve el viento. Cualquier día, por casualidad, una vuelve a encontrarse con todos sus cachitos.*

Ángela Sayago Martínez

UN DÍA EN EL METRO

Me quedé perpleja mirando unos hipnóticos ojos azules: tenía la mirada distante y, al mismo tiempo, tentadora. Cuando él cerraba los ojos, sus largas pestañas se adentraban como puñales en mi vientre. ¡Era increíble! Nunca había sentido nada igual.

Bajé rápido del metro; sin pararme a meditar seguí sus movimientos... Mi lento taconeo de veinte años me hizo pensar cuántas pasiones desataría al paso.

Observo, ahora, cómo se dirige a otra estación y espera la llegada del metro siguiente: tiene los labios entreabiertos y una sonrisa perfecta; mientras se afloja el nudo de la corbata, deja entrever una blanca dentadura. Me acerco a él. Noto cómo sus ojos chocan de frente sobre mi busto. El metro llega... mi largo cabello se me desata por la corriente que desencadenan los vagones. Él me observa unos instantes como consternado; yo me siento desnudada y abandonada... miro hacia atrás y me voy.

M^a José Fernández Sánchez

FUGAZ

La simiente golpea contra el suelo. Este la cubre de tierra. Brota un tallo, luego ramas, hojas y frutos que volverán a desperdigar semillas. El tronco acaba calentando a la humanidad, sus hojas y raíces sanan y las frutas alimentan. Todo sucede con la rapidez de cientos de siglos, girando y girando en un fulgor curvo de vida y muerte. Nada se agota en esta ausencia de tiempo. Ahora, justo mientras me expreso, es ayer. Solo sé que muero mientras vivo. Y si vivo... escribo.

Andrés Gutiérrez Morillo

MEJOR...AMIGAS

Recordó el día que se quedó mirando la imagen que devolvía el espejo. No llegaba a recordar cuántos minutos pasaron o si fueron segundos, pero fue tiempo suficiente para intentar descubrir en el reflejo a aquella persona que en principio no reconocía. Se miraron a los ojos y fueron tantas las preguntas sin respuestas... que llegó a la conclusión de estar ante una desconocida.

Sus pies se clavaron, quedaron anclados frente al espejo y frente a un lavabo que servía de soporte impidiendo que su cuerpo se balancease por el vértigo que le producía el miedo ante lo desconocido.

Tras fijar sus pupilas en aquellos ojos interrogantes y sin querer parpadear a la espera de que se produjera el milagro del reconocimiento, su tez se fue volviendo pálida, la piel ajada, los ojos vacíos, el rictus de la boca se desdibujó, y poco a poco tuvo que cerrar los ojos ante el pánico que le producía aquella mujer fría y distante que la atraía hacia detrás del espejo, hacia una dimensión en la que con solo cruzar la línea la convertiría en lo que con terror estaba viendo.

Se lavó la cara y al volver a fijar los ojos en ella, le sonrió. Las dos se daban pena y eso no podían consentirlo porque estaban sentenciadas cada día a mirarse a los ojos, no solo cuando el sol salía y se daban los buenos días, también en la noche....

Al salir volvió la vista atrás, encontró un guiño de empatía. No es bueno tener enemigo tan cercano, se dijo poniendo la mejor de sus sonrisas.

Pepa Gómez y Bustamante

SOLEDAD

En su trabajo era rápido, eficiente y poco comunicador. Los compañeros intentaron al principio integrarlo en sus conversaciones pero después del muro infranqueable con el que se parapetaba, terminaron dejándolo por imposible. Acababa de jubilarse y decidió que era el momento de disfrutar de la vida tal y como él la concebía. Desde el fallecimiento de su madre, única compañía que admitió, el tiempo se había vuelto circular y rutinario. Solo algún libro elegido al azar y la música lo acompañaban en las interminables horas de tedio al volver de la oficina. Aquel día decidió irse a la cama temprano. Todo estaba en orden, solo el retrato de su progenitora se había inclinado levemente hacia la izquierda: un simple toque y volvió a su posición. Entró en el lecho feliz, como quien se sumerge en agua limpia después de caminar por el desierto. Apagó la luz y se durmió enseguida. Tuvo un sueño apacible al principio, flotaba sobre aguas azules en un día de sol, rumor de olas, olor a sal y un mar tan solitario como él mismo. De pronto sintió que el agua lo engullía, incapaz de moverse sintió asfixia y angustia. Se incorporó, la luz tenue que se filtraba por el ventanal le devolvió una imagen extraña: a los pies de la cama un hombre sentado lo miraba fijamente. Cerró los ojos, volvió a abrirlos y el hombre seguía allí. Pensó que aún soñaba, pero aquel sueño no se desvanecía. Accionó el conmutador, la luz no se encendió. Acostumbrándose a la oscuridad volvió a mirar atentamente. Frente a él, el intruso de ojos abiertos continuaba inmóvil. Tenía sus mismos rasgos pero más afilados. El pelo revuelto y canoso, la barba crecida. Se preocupó cuando al levantarse el desconocido no se desvaneció. Los espantados ojos del intruso reclamaban auxilio.

—Tendremos que acudir a casa de Benítez. Una semana llevamos llamándolo por teléfono y no hay manera de que responda.

—Deja, deja, ya contestará. Estará descansando, ya sabes que él es muy suyo y no le gusta que lo importunen.

Efi Cubero

DOMINGO POR LA TARDE

Domingo por la tarde. Es posible que el silencio duerma. Los Yanomamis se preparan para la pesca en el río. Los peces no tienen la posibilidad de cantar. Un Yanomamis quizá no sepa que es domingo por la tarde, me refiero a que no se rija por la idea del hombre blanco, y el viejo lleva la pesca al poblado de la que comerán durante tres días, él y su familia. Seguro que cuando el Yanomamis se acuesta por la noche, lo hace con miedo o con extrañeza al menos. El hechicero dijo a la tribu que la muerte les acecha. Imaginar que a ellos este virus no les afecte, que se hayan vuelto las tornas, cuando murieron tantos de gripe en sus primeros contactos con el hombre blanco. Imaginar que soy un idiota que lleva días leyendo sobre la pérdida, sobre lo que desaparece.

Victor Valadés Paredes

RENUNCIÓ A LOS GESTOS

Alguien le ordenó que saliera al jardín y lavara su cuerpo con agua de azahar. Sin convicción asumió la tarea y aligeró su piel de inmundicias y malos sentimientos. Después le dijeron que se tendiera en el suelo con los brazos abiertos y los ojos cerrados y que aguardara el anuncio de nuevos encargos. Se quedó en silencio, besando el polvo, a la espera de ello. Se hizo noche y nada se movió desde entonces a su lado. Renunció a los gestos y a la luz. Con el lento paso del tiempo su cuerpo se fue cubriendo de densos ramajes y fictenas de fango. Quería seguir confiando y obligarse a obedecer, pero una sombra de duda le llenó el alma de zafios pensamientos y le dejó gravemente herido y sin resuello. Como un espectro de agua, para siempre ausente y dormido.

Antonio María Flórez

(De Desde entonces vivo para el dolor, 2019)

DESPERTARES

Salieron a la vida y al encuentro con ella, pero les esperó el vacío. No hubo respuestas a sus preguntas, ni calma para su inquietud. Ella no resultó ser como la habían imaginado. Era oronda y perezosa. Solo dormitaba sin cesar, e incluso les increpó por intentar despertarla con sus problemas. No, ella no podía hacer nada más de lo que ya hacía. «¿Habéis rellenado los papeles?, pues no puedo hacer más». Nada más por el hijo con necesidades diferentes, por la terrible situación laboral, por la precaria vida... no, ella no podía hacer nada. Doña Sociedad Moderna se puso unas gafas de sol antirreflectantes y unos cascos sin música, e ignorando los gritos desesperados de sus hijos e hijas, unidos a los de la tierra sedienta y herida, continuó dormitando, hasta que la despertó una pandemia y empezó a temblar. Entonces, se puso una mascarilla especial y siguió durmiendo.

Pilar Alcántara

EL HOMBRE DEL SACO

Ahí abajo, donde terminan los diez peldaños cuajados de musgo, se abre amenazadora y oscura la boca de la bodega, dispuesta a engullir a todo el que ose traspasar sus fauces. Negra entrada que les produce en el cuerpo un cosquilleo que perturba sus juegos.

Los primos llegaron una vez al límite de la puerta, asomaron sus cabecitas y el eco de un sonido extraño les hizo correr despavoridos escaleras arriba, entorpeciendo la humedad de los peldaños la ligereza de sus piernas.

Pero la niña, la más valiente entre ellos, la que aseguraba no temer al hombre del saco —el que se lleva a los niños que no quieren comer—, se atrevió a bajar de nuevo y franquear su entrada.

Sintió de inmediato el frío en las orejas y cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad, le pareció que el techo le rozaba la cabeza, que el fondo se perdía, inalcanzable, y que el mismo suelo iba a tenderle una trampa. Se vio rodeada de tinajas de barro, ancianos recipientes de los que rezumaba un fermento vestido de siglos.

Y caída en una esquina, con la boca y los brazos quebrados, una cántara se lamentaba de su suerte. Descubrió al mirarla, que aquel sonido que atormentaba sus juegos no era sino una gota de vinagre que se deslizaba por su boca y explotaba en carcajadas al estrellarse contra el suelo que, encantado, aplaudía su diversión.

Fue entonces cuando los demás escucharon desde arriba el grito de terror. Y el silencio tras él. Solo interrumpido por el galopar de sus corazones.

Aún hoy se preguntan por qué ella, la más valiente, juega alejada de la entrada a la bodega. Aunque lo que más les extraña es ver cómo se come, sin la más mínima protesta, las acelgas a las que antes tantos aspavientos les dedicaba.

Pilar López Ávila

REINCIDENCIA

—Todo empezó una mañana en la entrada a la oficina. Iba mirando el móvil como un panoli, tropecé no sé de qué manera y caí. Al levantar la cabeza, ahí estaba Valeria. En cinco años en la empresa nunca me había cruzado una sola mirada con ella y ahora lo hacía de la forma más bochornosa. Quería que me tragara la tierra. Sin embargo, al ver el tobillo lastimado, Valeria se apiadó de mi desvalimiento: con una sonrisa bondadosa, me llevó hasta el hospital y me acompañó durante la espera. Tras aquellas tres horas en urgencias, descubrí a una persona extraordinaria y comenzamos a salir. De eso hace dos años.

—Señor Martos, su pareja cayó por el hueco de la escalera de un sexto piso. Le recuerdo que estamos aquí para aclarar las circunstancias de su muerte.

—El día que vi a Jesús con las muletas no lo imaginé, aunque para entonces ya era en parte consciente de la forma encandilada en que ella pronunciaba su nombre, de cómo los ojos le hacían chiribitas ante su aparición matinal diaria. Pero fue una semana después, en la máquina de café, cuando encajé las piezas. Alguien le preguntó qué le había sucedido. «En la misma entrada, aún no sé cómo pude resbalar de esa forma. Menos mal que estaba Valeria para socorrerme». ¿Lo entiende ahora, señorita?

Susana Martín Gijón

ABSOLUCIÓN

Había visitado las principales capitales del mundo tal como su misión requería. Su aparente grandeza no había ocultado la sordidez que encerraban en sus ambientes más íntimos. Lo lamentaba sinceramente; pero el informe que entregaría a sus superiores iba a tener más aspectos negativos que positivos e imaginaba la decisión que estos iban a tomar tras analizarlo.

Madrid era la última etapa de su periplo y las primeras observaciones poco diferían de lo ya contemplado en otras metrópolis. A finales de mayo hacía ya calor y atravesando el Paseo del Prado a la altura de Cibeles vio que una muchedumbre se dirigía hacia el Retiro, siguió tras sus pasos, entró en el amplio recinto del parque y descubrió sorprendido la extensa sucesión de casetas que se perdían en el horizonte de los jardines y de sus paseos. «Feria del Libro de Madrid», leyó, «368 casetas y 471 expositores», se indicaba en los puntos de información. Se acercó a algunos puestos, miles de libros, autores firmando sus obras, incluso niños comprándolas. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas recordando la época en la que en su mundo también se leía en libros de papel, algo que ya se remontaba a la prehistoria de su civilización interestelar.

Al atardecer abandonó la Feria emocionado y esperanzado, rememorando los avatares que se guardaban en los archivos históricos de la época convulsa que no llegó a conocer y en la que la lectura había salvado a los habitantes de su planeta. Si los terrestres leían, tal como como había podido comprobar, merecían una oportunidad, la absolución, con la esperanza de que evolucionaran hasta alcanzar el nivel óptimo para integrarse en la Confederación Galáctica de la cual era emisario y observador. Así lo haría saber el Gran Consejo en su detallado informe para que anulara la operación de limpieza prevista en principio. La lectura, como a ellos en su momento, acabaría por salvarles de la desaparición.

Vicente Rodríguez Lázaro

REDADA

En qué momento empezó la niña a rebelarse, cuándo fue la primera vez que se enfrentó a ellos, por qué nunca tuvo la misma actitud que sus hermanos, dónde les hizo el último reproche; y, sobre todo, cómo terminó así, rechazando a la familia. Todo eso se preguntan mientras su hija entra en casa destrozando la puerta y, sin mirarlos a los ojos, les enseña la placa y les pone las esposas.

Chelo Sierra

RENUNCIÓ A LOS GESTOS

Desde hace días no tengo nada que expresar. No proyecto talentos que me atañan.

Desde hace días, las andanadas de bocetos que siempre me acompañan han huido y se camuflan en algún remoto lugar lejos de mi alcance.

Mi cuerpo se ha ido trocando en chicle sin sabor, como esos yogures desnatados que no gustan, y despierto cada mañana con la convicción de que no detento futuro alguno.

En este amanecer tedioso, en el que me ubico insalubre desde la ventana de mi casa, y olvido la mente en algún punto remoto del fondo de la calle, tropiezo con la premonición más diáfana de desamparo que jamás hube percibido.

Hasta que de pronto, un pájaro plumizo, mediocre y desorientado como yo, se posa en el alféizar y me analiza exhaustivamente pretendiendo comunicarse conmigo.

Abro el travesaño y el ave gris se cuela en mi habitación virando alrededor del techo.

En un momento, se detiene en una balda del armario contemplando el caos que sufre mi cuarto revuelto.

En ese instante, algo se ha hilvanado en mí. Un esbozo, una evocación, un atisbo de realidad paralela a la que experimento y que me induce a colmar los vacíos estancados, aferrar la pluma y componer versos a la libertad.

Cora Ibáñez

EL IMPOSTOR

Siempre me he sentido un extraño, un intruso, un impostor. En cierto modo, desde niño presiento que vivo una vida que no es mía, que es la de otro. En mitad un bar de copas, entre el alcohol y las risas y las complicidades, yo percibo esa desubicación. Miro a mis amigos y me doy cuenta de que no los conozco, de que no son mis amigos. Y lo mismo con mis padres y mi hermano y mi mujer. A veces cojo el móvil y repaso fotografías familiares y solo veo rostros extraños y, juntos a ellos yo, un extraño mayor, un intruso, un impostor.

Todo esto está relacionado con mi creencia de que en algún lugar del mundo existe un doble mío. Otro impostor que está viviendo mi auténtica vida, esa en la que yo estaría cómodo, trabajando en el trabajo que siempre he querido y que ahora ni siquiera sé cuál es, con un círculo social con el que me identificara y una familia que se ajustara al tipo de vida que yo necesito para desarrollarme.

Hace unos días lo vi. Bueno, creo que puede ser él, ya me he engañado otras veces. Fue en una cafetería del centro. Vestía ropa deportiva pero muy elegante. Conversaba con una morena guapísima y la trataba con soltura y suficiencia. Llevo dos semanas siguiéndole a cada hora, estudiando sus actos por el día, analizando sus redes sociales por la noche. Realmente, es posible que sea yo. Lástima que él, pobre, ni siquiera lo sospeche y se conforme viviendo una vida que no es la suya.

Dionisio López

NOTAS DE LECTURA

EL CANTAR DE LAS CARACOLAS
CARMEN SALAS DEL RÍO
(VALENCIA, OLÉLIBROS,
2020)

Carmen Salas del Río, maestra gaditana afincada en Granada. Una mujer, una poeta, capaz de mirar el mundo más allá de la realidad que los demás miramos. Inquieta con la escritura se adentra en el mundo de la poética con este nuevo libro, el tercero, después de haber publicado *Manto del alma* (Exlibris/ Antequera. 2016) y *Mirada del Tiempo* [MdT] (Esdrújula Editores/ Granada 2019). Con *El cantar de las caracolas* hace patente lo que ella misma dice de la poesía que *va forjando el carácter/ y ocupa el escenario de la casa/ llenándola de notas y de citas, / de estrofas musicales, /de versos en el aire.* [MdT].

El cantar de las caracolas, con prólogo del poeta José Gilabert, traza en tres capítulos, en tres cantos, poemas que son como un susurro de soledades y encuentros, de ausencias y vida con mayúsculas. Así:

EL CANTAR DE LAS CARACOLAS, como expresión nos lleva al gesto sencillo de apretar contra el oído la caracola abandonada en la playa para oír el mar, una simple acción que en esta obra se transforma en solemne meta-relato de todo lo que los seres humanos deseamos: *salir de los miedos que, veces, nos hipotecan el corazón.* Un apartado que lleva líricamente al fondo oscuro del mar *[donde] cantan las caracolas /y su cantar es libre/ en el surcar por aguas transparentes.*

—*HORIZONTES*, un capítulo en el que los versos nos acercan al deseo

de alcanzar esa línea que se nos escapa a lo lejos, Deseo avistar qué hay tras el horizonte, en un intento de dar respuesta a los porqués de aquello que se fue y no vuelve y donde el tiempo es protagonista: *Hubiera faltado tiempo, dice, para leer tus palabras/ saboreándolas con fruición.*

—*EL MAR Y EL VIENTO*, un apartado en el que nuestra autora apunta a la condición de ser, poniendo de relieve el silencio de los que piden justicia, un capítulo que nos acerca la presencia de aquellos que se fueron. Los protagonistas son *el mar y el viento*:

El mar como embaucador de la razón. Un mar que es reflejo de la *lucha librada entre sus corrientes/ jugando a capturar mil caracolas/ aprendiendo a nadar en marejada/ batallando casi para salir.* Y el viento, como ese rasgo determinante que uno lleva grabado en un silbido cuando cambia de lugar; el *viento eterno que transporta la palabra de algunos hombres justos. El viento que se evoca, [el] Eolo, presuroso [que] trae y lleva el eco de tu risa.*

Esta obra es la lectura valiente de una mujer que enfrenta la vida «a golpe de los vientos/ que la vieron nacer». Un poemario hecho desde el interior dejando que las caracolas, como imagen de la conciencia más profunda, inspire la belleza de versos rotundos, directos, que en este libro se encuentran.

Faustino Lobato

NOTAS PARA NO ESCONDER
LA LUZ
FAUSTINO LOBATO
(VALENCIA, OLÉLIBROS, 2019)

PERSEGUIR LA LUZ

«Solapado lector». Con una invitación al lector lateral arrancaban las cubiertas de Larva, de Julián Ríos. Y esa invocación al lector solapado es pertinente cuando se lee *Notas para no esconder la luz*, el último libro de poemas de Faustino Lobato. No solo porque en ese pliegue de papel —en realidad, en una extensa nota tras la portadilla— aparece una trayectoria que cada día se prolonga más, y a la que Lobato une no solo publicaciones, sino también una intensa presencia como activista cultural en Badajoz, donde no es infrecuente encontrarlo animando coloquios, en recitales, como presentador de otros autores o al combinar la lectura de sus versos con músicos que lo acompañan en su infatigable búsqueda de la luz.

Bien, pues imbricada en esa actividad y en la trayectoria que fija la serie de su ya decena de títulos, desde 1998, con *Poemario gitano* hasta los más recientes, *Rehacer el alba. Memorias de un naufrago* en 2017 y *La sorpresa de lo humano*, en 2018, encontramos una clave esencial para entender muchos de esos libros y este también, que es el peso de su dedicación a la filosofía, dedicación profesional en las aulas y, en la escritura, vocacional, que articula —pese a que él mismo reconoce que se trata de su libro menos abstracto— *Notas para no esconder la luz*. Un poemario que tras un extenso prólogo de Santiago Méndez se divide en tres partes, las que corresponden al transcurrir del

día: «Traza presencias (mañana)», «Delimitando sombras (mediodía)» y «Rompiendo apariencias (atardecer)», porque las *Notas* de Faustino Lobato persiguen la cambiante o, si queremos, la dudosa luz del día, hasta el punto de aclarar en una página final que los versos escritos en portugués obedecen a la cercanía del poeta con los atardeceres que esconden el sol mirando al Guadiana y más allá de la frontera portuguesa.

Sin embargo, al lector sobre todo va a sorprender el esquema que siguen las páginas del libro: en la par, un único verso que, en muchas ocasiones, pueden parecer el título de un cuadro —*gesto indiscreto que desnuda el paisaje*— o, si se prolonga un poco, un aforismo: *Toma nombre la luz en la solemnidad del alba que arropa la ciudad*. Incluso el lector está tentado de leer todas las páginas como si fuese un poema fragmentario. Pero esta posibilidad no puede distraernos del diálogo que esos versos únicos establecen con la página impar, que siempre al hilo de la difícil descripción de la luz y su evolución se enfrentan, desarrollan o incluso reflejan la intuición de la hoja enfrentada.

Al cabo, estas variaciones sobre lo inalcanzable cierran el libro con cuatro versos que incluyen la oscuridad:

*Y al abrazar las presencias
en este punto y seguido de la noche,
dejo que se confunda, compasivo,
el fuego con la luz.*

Y es que el sosiego que el libro anuncia en su prólogo, al ponerse el sol, es también la invitación al misterio, una vez que se ha quemado en la luz del día.

Luis Sáez Delgado

EL DELTA DEL PARANÁ
JOSÉ CERCAS DOMÍNGUEZ
(MADRID, SIAL PIGMALIÓN,
2019)

José Cercas Domínguez nació en Santa Ana (Cáceres), en 1959. En la actualidad, trabaja como educador social y gestor cultural. Es un poeta de profundo arraigo en Extremadura, de cuya extensa obra cabe destacar: *El tiempo que me habita* (2006), *Los versos de la ausencia y la derrota* (2009), *Dana o la luz detenida* (2011), *Oxígeno* (2012), *Detrás de la noche. Antología de poemas de amor* (2013), *Los marcados días de la lluvia* (2015), *Madre* (2016), *Balada del hombre piedra y Lluvia* (2017).

Como animador y gestor cultural viene realizando una intensa labor en Extremadura, su tierra. Ha coordinado con acierto las ferias del libro de Requena, Valencia, (1989) y de Trujillo (2015, 2016, 2017, 2018 y 2019) y ha dirigido las jornadas por la Paz en Montánchez (2017 y 2018) y las Jornadas de la Dehesa y la Literatura de Santa Marta de Magasca (2017 y 2018). Durante 2018 y 2019, coordina los Viernes Literarios «Villa del Esgrafiado» de Valdefuentes.

Ha ganado el premio Escribiente 2019 de la feria del libro de Madrid al mejor libro en prosa poética.

El delta del Paraná reúne las reflexiones de alguien que mira con ojos de un hombre que se resarce de la realidad narrada con la mirada de un niño: «La luz rompe el horizonte de ojos pardos y con sus tonos rojizos crepusculares, toca las inocentes mejillas del niño». Un niño que descubre que «el mundo es la conse-

cuencia de los polos opuestos». Y el óbolo poético que recibe de la naturaleza, del ser humano, de la belleza, por cruel que sea a veces, se desgrana a los pies de la realidad en forma de reflexiones que dejan un rastro de apasionamiento por el ser humano y sus ideales de convivencia.

José Luis Esparcia

LAS ISLAS DE PONIENTE
JULIO ALEJANDRE
(MADRID, EDICIONES PÀMIÉS,
2019)

Álvaro de Mendaña parte del Perú a la conquista de las islas Salomón y el descubrimiento de las Regiones Australes al mando de una flota de la corona. Un aprendiz de cirujano, preso de la justicia virreinal, se enrola, para escapar a su condena, en uno de los navíos: la nao Santa Ysabel. A bordo también viajan la dama por cuyo amor había sido apresado; un fanático, que iluminado por una visión, elabora una lista de los que habrán de sobrevivir a la travesía; una osada mujer, de oscuros antecedentes, capaz de venderse por salvar a su hombre, y toda una tripulación de soldados fanfarrones y crédulos marineros, oficiales ambiciosos, descaradas busconas y varias familias de colonos, todos en busca de fama, fortuna y una vida mejor en el otro confín del océano.

Pero en medio del Pacífico una sublevación contra el capitán hace que la nao cambie el rumbo, se separe de la flota e inicie un viaje tan incierto como apasionante por mares y tierras desconocidos.

Las islas de Poniente es una cautivadora novela de viajes y descubrimientos —entre ellos, el del continente australiano—, con fascinantes episodios que se suceden sin interrupción; pero, al mismo tiempo, es una admirable reconstrucción de la vida a bordo de un navío del siglo XVI, y la historia de un puñado de aventureros que, expuestos a todo tipo de penurias y dificultades, deben luchar por el poder, la riqueza, el amor o la mera supervivencia.

Julio Alejandro nació en Madrid, donde estudió Magisterio y más tarde Pedagogía. Después de unos años dedicado a la enseñanza, se marchó a Centroamérica para trabajar como cooperante con refugiados de guerra, y allí permaneció más de una década. En la actualidad reside en Azuaga, Extremadura y forma parte de un equipo de orientación psicoeducativa.

Ha obtenido premios literarios en certámenes nacionales e internacionales, ha publicado los libros *Héroes, tumbas y libros perdidos* (2011), *Seis mil lunas* (2012) y *Reporte de una boda y un entierro* (2015), y es autor del blog «La otra literatura».

Reseña de la editorial

VERSOS DE VERANO
MARILUZ CARRILLO
(MADRID, OLÉLIBROS, 2019)

Es este un libro tan vital como la vida misma, pues cuanto nos suele acontecer a todos en uno u otro momento, antes o después, se halla reflejado entre

sus páginas: ¿quién no se ha estremecido, gozoso, en el deleite del amor?, ¿quién no ha sufrido en sus carnes las puñaladas desalmadas del desamor más descarnado? ¿Cuántas veces hemos fracasado, y cuántas otras hemos triunfado y logrado nuestros objetivos a lo largo de nuestra existencia? ¿A quién no le intriga el misterio de la muerte, o si acaso, a nuestra sangre y a nuestros huesos pudiera, tal vez, esperarles un destino transcendente? A lo largo de los 53 poemas que contiene el libro, el lector no hará otra cosa que encontrarse consigo mismo, con sus miedos y sus certezas, con sus ambiciones y anhelos, con sus alegrías y sus penas, que son, al fin y al cabo, las mías también.

Dice así la sinopsis del libro: «Si usted espera encontrar en este libro artificio, pose o impostura, lo siento, no los hallará entre sus páginas; no adquiera el libro, entonces, porque se desencantará. Pero si desea verse reflejado en un espejo, adelante, abra sus páginas y se verá a usted mismo y me verá a mí, desnudos ambos y sin máscara que nos oculte; se encontrará con su dolor, que al fin y al cabo, es mi dolor, también se encontrará con sus esperanzas y con sus alegrías, que son mis alegrías y mis esperanzas, igualmente se encontrará, frente a frente, con sus ambiciones y con sus anhelos, con sus fracasos y con sus éxitos, que son, en realidad, los míos. Estas pequeñas fábulas en verso hablan de usted y también de mí; es su vida y también la mía la que inspira cada una de ellas. Este libro vive, como lo hace usted y como lo hago yo; respira y palpita a través de cada una de sus páginas y de cada uno de sus versos, y en cada pálpito y en cada soplo de hálito

vital, hay un trozo de su ser, y también del mío. Este libro es usted mismo, tanto... como lo soy yo».

Reseña de la editorial

EL HOMBRE QUE ATRAPABA LA LUZ
ROSA LÓPEZ CASERO
(MADRID, SIAL PIGMALIÓN,
2020)

Ambientada en el Toledo multicultural de los siglos XVI y XVII, *El hombre que atrapaba la luz* nos acerca a la vida y la obra del Greco. A partir de los documentos históricos que se conservan in situ, Rosa López Casero teje una trama apasionante en torno al genial pintor y a la figura de su hijo Jorge Manuel.

La novela nos introduce en las costumbres y las leyes de una época caracterizada por el inmenso poder del Estado y de la Iglesia y nos habla de la condición humana con sus miserias y sus grandezas.

Conoceremos las dificultades con que topó el Greco, la incompreensión del entorno ante su arte, las envidias que despertó, el rechazo de Felipe II, las ansias de triunfo y su frustración, su relación con Jerónima de las Cuevas, el temor a la Inquisición y el acoso sufrido por un secreto que guardaba y que llevó a sus enemigos a incendiar su casa.

Paralelamente asistiremos a la hermosa historia de amor del joven Jorge Manuel, que trabaja en el taller junto a su padre, al que le une una compleja relación marcada por el difícil carácter del genio. En definitiva: historia, arte, aven-

tura y romance que desembocan en un sorprendente final.

Rosa López Casero (Torrejón de la Calzada, Cáceres) es licenciada en Psicología. Ha publicado con la Editorial Everest más de cien libros de texto y ha coordinado diversos proyectos educativos. Imparte conferencias y participa en clubes de lectura y talleres de escritura. Muchos de sus cuentos y microrrelatos han sido premiados o han resultado finalistas en certámenes literarios y han sido publicados en antologías, revistas e internet. Es autora de las novelas *La pasión de Balboa* (Roca Ediciones, 2013), *Orellana: de Truxillo al Amazonas* (Editora Regional Extremeña, 2014), *La travesía de los sueños* (V Premio Internacional de Novela Alcorcón siglo XXI 2014 y Beca a la Creación Literaria de la Junta de Extremadura 2011) y *Últimos días con Fernando* (Ediciones Beta, 2017). Además ha publicado *La nueva Caperucita* (Microrrelatos, El País Literario, 2008), *Coria 1860-1960* (Ediciones Amberley, 2010), *Museo de la Cárcel Real de Coria* (Guía, Ayuntamiento de Coria). Colabora con El Periódico de Extremadura, el diario Hoy, La crónica de Coria y con los periódicos digitales Torrejón de la Calzada Todo Noticias y Noticias Coria entre otros.

Reseña de la editorial

DE TORMENTA: HISTORIA DE MI ALMA

AGUSTÍN MUÑOZ SANZ
(MÉRIDA, EDITORIAL DE LA LUNA LIBROS, 2020)

KLEIST, EL GRAN ROMÁNTICO
SUICIDA

Heinrich Wilhelm von Kleist (1777-1811) constituye otro paradigma del escritor apenas reconocido en vida; silenciado mucho tiempo y, posteriormente, propuesto como uno de los más grandes de su lengua. Pese a tantas dificultades como hubo de sufrir durante su azarosa existencia, compuso una obra plural y extraordinaria (dramas, poemarios, novelas, ensayos, artículos), que él mismo mutiló lanzando al fuego parte de sus manuscritos poco antes de suicidarse.

Según muchos críticos y estudiosos, Kleist es uno de los máximos creadores del Romanticismo alemán, lo que es decir mucho teniendo en cuenta quienes figuran en tan preclara nómina: Goethe, Schiller, Novalis, los hermanos Grimm, Hölderlin, Heine, Hoffmann y otros genios conformadores de aquel movimiento «Sturm und Drang» (Tormenta e Ímpetu), al que también se adscribe Kleist, si bien él era consciente de sus personales características. Toda aquella pléyade, con las que tuvo relaciones más o menos amistosas (fue siempre muy retraído e incluso acomplejado), contextualizan las páginas de *De tormenta. Historia de mi alma*.

Su autor, Agustín Muñoz Sanz, fascinado, según sus propias declaraciones, por la figura y escritos del alemán, ha querido meterse en la piel de tan extraordinario personaje a la búsqueda de las

raíces hereditarias, factores familiares y ambientales, ideología, complejos, frustraciones, vicisitudes existenciales que conformaron aquel carácter irrepetible. Más aún, Agustín Muñoz proporciona la diagénesis, contenido y fortuna (escasa) de las principales creaciones de Kleist, con especial atención a las tragedias *La familia Schroffenstein* y *Pentesilea*; las comedias *El cántaro roto* y *Anfitrión*, y la novela *Michael Kohlhaas*.

Como fórmula narrativa, el autor recurre al género (auto)biográfico, presentando el texto como una extensa epístola de docientas páginas que Kleist se habría propuesto redactar horas antes de su suicidio. Estaríamos así ante las memorias compuestas por quien, luego de decidir quemar el diario mantenidos durante lustros, quiere recopilar los acontecimientos principales de su discurrir vital, desde la infancia hasta las horas últimas. Con todo, el discurso narrativo no es siempre un relato en primera persona, sino que el supuesto autor (Kleist) da con frecuencia entrada a diálogos cuya exactitud resulta sorprendente o inverosímil.

La prosa que Agustín Muñoz le presta es de extraordinaria calidad. Adicto a las frases cortas y precisas, en ocasiones, sobre todo al describir paisajes, el extremeño construye con abundancia singular alegorías y metáforas que lo aproximan al lenguaje poético. Lo que sabe combinar con frecuentes toques de humor y reflexiones filosóficas y metaliterarias. Fácil resulta percibir los esfuerzos que ha debido hacer para documentarse tan sólidamente sobre su «autobiografiado».

Así nos regala un Kleist formidable, siempre dubitativo y pesimista, inquieto

por la búsqueda de verdades sólidas (sus críticas a Kant resultan poco sólidas), contradictorio, ingenuo, asfixiado por la angustia, sexualmente indefinido, víctima de cefaleas y otras enfermedades, que lo alejan del destino familiar (decenas de altos militares prusianos entre los Kleist) por el de paseante rousseauiano y escritor sin éxito. Lo tuvo, sí, para convencer a una amiga, enferma de cáncer, para morir, él virgen, ella casada, juntos a orillas del Wansee, un hermoso lago berlinés.

Manuel Pecellín Lancharro

LABERINTO. ANATOMÍA DEL PRESENTE
MARINO GONZÁLEZ MONTERO
(MÉRIDA, EDITORIAL DE LA LUNA LIBROS, 2019)

Aunque todavía puede uno enzarzarse en alguna de esas polémicas inanes sobre si el teatro es o no es un género literario, una única verdad prevalece: el teatro también se lee.

Nada es liviano en el intramundo teatral de Marino González Montero. En *Laberinto*, anatomía del presente vuelven a aparecer sus estilemas, obsesiones y remembranzas. Porque un laberinto de estas características tan solo puede tener su génesis en la propia esencia vital, en el leve parpadeo del instante breve que huye, en el somnoliento guiño de lo ya vivido. Una vez más vuelve a aparecer el autor que no agrada al consumidor de inmediatez mediática, ni al devorador de posmodernidades y posverdades.

El autor bebe del mito ancestral, primigenio, atávico, para presentarnos una tragedia helénica desaforada en lo conceptual, pero contenida con la introducción de un humor que, como en su anterior obra, está situado en el momento y el lugar exacto. Retornan obsesiones y personajes de *Muerte por Ausencia*: ¿Quizás el boceto de un trilogía sobre el abismo y la orfandad humana frente a la muerte y lo desconocido? Retornan los espacios inquietantes. Si allí lo fueran un catafalco y unas velas, donde la soledad acompañada de sus criaturas desarrollaba su ceremonia de ausencias, aquí es un extraño laberinto, unas cabezas de alambre. Si allí el personaje elíptico era la base de todo el diálogo y las inquietudes de los personajes, aquí toma forma como diosa políglota, envuelta en poncho. Dispuesta a llenar de inquietudes las vidas de *Hombre y Mujer*, y también a enseñarles a caminar entre el absurdo que denominamos vida y extraer la esencia de las cosas.

Como el mítico animal antropomorfo, *Hombre y Mujer* desconocen el sentido de su presencia en el laberinto y anhelan escapar a la soledad de sí mismos. Para ello deberán aprender a escuchar. A escucharse. Como en la poesía de Juan Ramón, el anhelo que subyace en la obra del dramaturgo cacereño tiene una triple vertiente (o una triple sed): sed de belleza, sed de conocimiento, sed de eternidad.

Laberinto es un texto arriesgado, alejado de lo común. En él, el autor sienta sus claves a caballo entre el teatro del absurdo, sazonado con un humor cínico y existencialista, la helénica y genésica tragedia, el abismo *nietzscheano*, al cual

se asoman para que el abismo mire dentro de ellos, y una certera reivindicación de pensamiento sobre superstición, de lo atávico sobre lo acomodaticio del instante histórico. Las dudas primordiales de la humanidad, los dolores más acerbados y punzantes.

Marino González Montero conjuga con maestría y sabiduría dramática un verbo, ora teñido de lirismo, ora de existencialismo. Ora de un humor amargo y lacerante, ora de un filosófico beber del instante. Prima la desnudez escénica (otro de sus atributos), pero la desnudez emocional es la marca de la casa. Las canciones ofertan un lirismo intenso, jueguetean con el *khonos* helénico la modernidad, con referencias a Pablo Milanés. Toda la obra está teñida de la fatal predestinación de ese «animal que camina con un féretro». Ese animal que es capaz de escribir y emitir palabras que son «deidades momentáneas». Las palabras de esta obra también ejercen de demiurgos para guiarnos hacia más allá del velo. Hacia el laberinto. Origen y fin de todas las cosas.

Paco Collado

LA DAMA DEL PENDENTIF
PEPA GÓMEZ BUSTAMANTE
(READ BOOK EDITORIAL, 2020)

Esta novela, escrita con una estricta documentación histórica en personajes, fechas y lugares, está narrada en dos tiempos, utiliza la fantasía para dar vida a una historia en el sur de Extremadura. Dos apellidos, Sanz y Borbón, volverán a encontrarse pasados treinta años.

Una carta será el detonante para que la protagonista descubra a su identidad a la vez que el mundo del silencio en el que ha vivido. Este descubrimiento que haría tambalear los cimientos de cualquier persona proyectando el resto de su existencia en una dirección distinta, en el caso de la protagonista, será el punto de partida para conocer sus raíces dejando en todo momento los pies en contacto con la tierra.

Las relaciones de poder se manifiestan en los distintos mundos en los que se desarrolla la *Dama del Pendentif*. Las mujeres unidas por el destino nos introducirán en dos mundos bien diferenciados, en los de (sería que) la estabilidad emocional dependerá de sus propias fuerzas.

Reseña de la editorial

*DESCUBRIMIENTO DEL
CONTINENTE NEGRO*
LUIS SÁEZ DELGADO
(MÉRIDA, DE LA LUNA LIBROS,
2020)

Luis Sáez vuelve a publicar después de quince años desde *Un duelo privado* y lo vuelve a hacer, fundamentalmente, como ensayista, pues aunque su nuevo libro haya aparecido en una colección de narrativa, lo que sus «Cinco fábulas sobre el siglo XX» tienen de ficción se limita, como señala, a la corrección «de algunos detalles, un encuentro, un lugar, una fecha, para que el mundo, mejor hecho, se entienda en plenitud», y ello para hablarnos no de todo el siglo, sino de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, un tiempo que, aunque más cerca-

no, por momentos nos resulta, como dice también, menos próximo y nítido que su primera mitad, y que, desde la distancia, nos parece «mucho más comprensible que el nuestro». Lo hace, además, a través de fragmentos, aprovechando con inteligencia la capacidad que este tipo de escritura (cuando es bien empleada) tiene para, alineando realidades aparentemente inconexas, alumbrar nuevos sentidos, nuevos significados, en cinco textos que tratan sobre la construcción en Moscú, en los cincuenta, de los rascacielos conocidos como las Siete Hermanas; sobre el encuentro, en los sesenta, entre Hergé y Franklin Vilas Boas, un escultor popular portugués; sobre el triste destino de Héctor Germán Oesterheld, guionista del mítico cómic argentino *El eternauta*, y la incomprendida música de Piazzola; sobre la obsesión de un personaje, Teresa Osma, por hacer presente en el Madrid de los setenta la lejana Kampuchea de Pol Pot; y, por último, sobre el revelador viaje de Nicolás Ceaucescu en 1978 a Bruselas, donde conoce el descomunal Palacio de Justicia, que inspirará su no menos descomunal Palacio del Pueblo.

Como recién salidos de los archivos de British Pathé —sobre los que afirma, casi como una prefiguración de su propia escritura, que «todo está allí, esperando que combinemos las imágenes para crear nuestro propio siglo»—, Luis Sáez recopila fechas, nombres, siglas, títulos, viñetas, fotografías o documentales y nos los va mostrando para reconstruir, a través de un puñado de historias y personajes, un pasado cercano y, a la vez, remoto, un tiempo en que el comunismo mostraba a ratos un rostro amable, en que irrumpe el

Tercer Mundo como una salida pacífica a la tensión entre bloques y en que las propias dictaduras, aunque despiadadas, parecían el reverso tenebroso de un mundo mejor, al alcance de la mano («en algún momento de estos años una especie de principio general de la esperanza anima a cada uno por un tiempo», dice el autor). Desde la perspectiva del tiempo transcurrido, de lo sucedido desde entonces y de la pérdida de aquella tierna esperanza, sus relatos están teñidos de melancolía, de nostalgia casi por una época en la que las cosas parecían poder llegar a ser de otro modo, en que esa posibilidad existía siquiera como un sueño, en que no éramos tan viejos ni tan resabiados. Tal vez por eso, porque éramos cándidos e ingenuos, y porque nos duele haberlo sido, como dice la contraportada, «hoy, toda esa memoria provoca incomodidad y malestar», justo lo contrario de lo que provoca en nosotros este discreto acontecimiento literario: el asombro, el disfrute, la felicidad del reencuentro con la iluminadora escritura de Luis Sáez.

Juan Ramón Santos

*VÍSPERAS DE SANGRE Y OTROS
RELATOS SOMBRÍOS*
DAVID CASADO RABANAL
(ALICANTE, EDICIONS LOCALS,
2019)

Ser sobrinieta del tenor Paredes en Don Benito es una excelente carta de presentación artística para un autor como David Casado, desconocido en la tierra de sus ancestros maternos. De ello nos

da cuenta en el capítulo final de su libro. Mercedes Rabanal Paredes, su madre, nació en Don Benito en 1913 en el seno de una familia modesta que tenía un taller de electricidad, lo que les permitía vivir con dignidad. Desde joven mostró su inclinación por la música, afición que estimuló el hermano de su madre, el afamado tenor Manuel Paredes Lozano (1894-1982). Pero esa carrera en ciernes pronto se vio frustrada por el inicio de la Guerra Civil, obligándola a desplazarse forzosamente a Madrid con parte de su familia, en ese agosto fatídico en el que la Columna de la Muerte masacrara a la población civil de Badajoz. Volvieron los emigrados unos meses después, encontrando su casa desmantelada, lo que les hizo vivir en condiciones precarias el conflicto y sin que la joven Mercedes pudiera continuar su carrera como cantante. Terminada la contienda marcharon de nuevo a Madrid, ciudad donde nacería en 1954 el periodista y escritor David Casado, quien mostró desde temprano su inclinación por la pluma y los asuntos históricos. Es autor de los libros *La Marina ilustrada. Sueño y ambición de la España del XVIII* (2009) y *Resistencias numantinas. Los antecedentes más indómitos del pueblo español* (2016).

Visperas de sangre y otros relatos sombríos es una historia sobre la Guerra Civil española, cuya lectura empezó siendo condicionada por la «*Historia Mínima*» del conflicto escrita por Enrique Moradiellos, un documentado trabajo sobre las causas, el desarrollo y las consecuencias de la mayor tragedia vivida por nuestro país en el siglo XX. Sin embargo, este libro que nos ocupa no es una historia más sobre el conflicto armado que sirvió

como antesala y campo de pruebas de la II Guerra Mundial.

La gran virtud de *Visperas* es que los 12 capítulos que lo conforman están dedicados a un tema específico, que pueden leerse autónomamente, pero que se suceden eslabonadamente estudiando las razones de la caída de la Monarquía, el papel jugado por la Iglesia y los artífices de la conspiración, las fogatas previas desencadenantes del alzamiento militar, el papel jugado por las distintas naciones que en él se vieron involucradas y lo que sucedió en síntesis durante el conflicto. Cada capítulo explora y da suficiente información sobre los temas abordados, sin abrumarnos de datos ni bibliografía; los hechos son «contados» como si fueran relatos autónomos, con agilidad y suma amenidad. Un libro, en fin, que vale la pena leer y consultar, y sobre todo hablar a partir de él, porque nos ilustra sobre las aristas y distintas visiones de la guerra, y nos ofrece, además, la posibilidad de «una reconciliación sincera con el pasado» y una comprensión veraz de las causas, circunstancias y consecuencias que tuvo aquel conflicto fratricida que tanto daño le hizo al país y cuyas consecuencias aún soportamos.

Antonio María Flórez

PROGENIE
SUSANA MARTÍN GIJÓN
(BARCELONA, ALFAGUARA, 2020).

«Nunca lees a mujeres», me espetaron... Y era verdad. Mis autores favoritos eran hombres. El 95% de mis lecturas llevaban firma masculina. «Nunca lees a

mujeres» y tuve que callar. Por poco tiempo. A grandes males, grandes remedios. Empecé a incorporar mujeres a mi vida lectora poco a poco, sin prisa pero sin pausa.

Y qué bien hice. A día de hoy, al elegir una novela negra, suelo decantarme por la mujeres y, ¡Jesús!, siempre acierto. Resulta casi increíble esta nueva oleada de españolas haciendo novela de género. ¿Sería qué hasta ahora estaban vetadas? Lo dejo caer. Solamente lo dejo caer.

Así llego a *Progenie*, la nueva novela de Susana Martín Gijón publicada por Alfabuara. Porque ahora leo a mujeres.

Progenie es una novela apta para todos los públicos y no hablo de edad sino de género. Es delicada, suave, bien narrada y al mismo tiempo crítica y con gancho.

Su protagonista, Camino Vargas, ocupa por accidente, cómo no, el lugar de un hombre y se autoxige todo en esta investigación.

Simboliza Camino el día a día de muchas de nosotras. Ese tener que demostrar que somos perfectas sin serlo, sobre todo a nivel laboral. La inspectora Vargas me representa. Le acompaña curiosamente Pascual Molina, el hombre que siempre está a dieta, el que se preocupa por su físico. Igualdad.

Los crímenes, cómo no, relacionados con la maternidad. Protagonistas y antagonistas presentados en esta obra en forma de decisión. Bien, Susana, bien.

Si deseas ser madre pese a tenerlo difícil, mueres. Encargada de resolver el crimen una inspectora que huye de convencionalismos, que vive la vida, que solo lo da todo a nivel laboral, y que huye, por supuesto, de la maternidad.

Y esa mujer cuya prioridad es ser madre es la persona que se encuentra el lector atropellada, asesinada sin motivo aparente con un chupete en la boca, dando la salida a una serie de crímenes con sello infantil. Baberos y patitos de goma decorando una muerte con bebé en barriga incluido.

Martín Gijón narra con dulzura la dureza. Sin reacciones exageradas ni falsos espavientos. Y conforme avanza la trama, ahí va cayendo su crítica, su defensa particular de un mundo en femenino donde la libertad de elección es imprescindible.

Camino Vargas y su equipo: Molina, Alcalá, Quintana y Amador, hombres y mujeres válidos que hacen piña dentro y fuera del trabajo nos llevan por una historia que no quieres dejar de leer porque no solo te interesa quién mató a quien sino qué va a ser de las vidas de quienes sobreviven.

Amor y desamor, crímenes y castigos, penas y glorias. Todo cabe en este «micromundo» creado por Susana Martín Gijón. He adorado este patito de goma. He amado a la televisiva inspectora Vargas con toda mi alma. Ojalá tengamos la oportunidad de volver a encontrarnos con ella en una nueva aventura.

Rita Piedrafita

TRES LECTURAS: JUAN CARLOS RODRÍGUEZ BÚRDALO, LUCIANO FERIA Y JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO.

LATITUDES de Juan Carlos Rodríguez Búrdalo (Córdoba, Ateneo, 2019) es un poemario que surge de la estancia

reciente del poeta en Nueva York, donde su emoción no la activa la grandeza de la metrópolis sino la deshumanización que genera, pues advierte que la existencia de la gente común se reduce a sobrevivir sin más anhelos (“no hay casa ni hogar, / ni lumbre ni pan tierno y compartido”, 22) y que los oropeles luminiscentes ocultan la miseria de los marginados (“Su trono es [...] un carro repleto de abalorios”, 25).

De ahí que *Latitudes* sea una desmitificación de esa elogiada ciudad que, tras su fachada impactante, oculta grandes carencias humanas y produce mucho dolor (“La ciudad y tu verso van unidos / como el llanto de un niño a su orfandad”, 20). Así *Latitudes* es el resultado de la empatía del poeta con los seres anónimos de la megarbe que, como un ogro con aspecto principesco, engulle impasible su dignidad: “Usman, [...] / ¡Que nunca esta ciudad te niegue, nunca / sus torres sobrepasen tu verdad!”, 25).

EL LUGAR DE LA CITA de Luciano Feria (Barcelona, RIL Editores, 2019) es un libro sorprendente porque, desde la sacralización del hecho poético realizada por Juan Ramón Jiménez y Jesús Delgado Valhondo en sus respectivas obras líricas, pocas lecturas tan trascendentes se han editado por estos lares. Este hecho se debe a que *El lugar de la cita* materializa el deseo de su autor de religarse con la divinidad, a través de un proceso ascético, persiguiendo el objetivo de alcanzar la Belleza, la Verdad, el Conocimiento... en un mundo libre de imperfección, de tiempo y de muerte.

Este es el motivo de que *El lugar de la cita* sea un extraordinario ejercicio de

reflexión, de ascesis y de purificación, que el autor concibe, no sin dolor, como un necesario y radical proceso de curación en un momento clave de su existencia personal y literaria, en que percibe la escritura como “un lugar de cita y hora festiva”.

AHORA de José Antonio Zambrano (Valencia, Pre-Textos, 2019) es un poemario denominado con una escueta, contundente y definitiva palabra, que expone con firmeza el anhelo del poeta de vivir la esencia de cada momento presente, sin rémoras pasadas ni anhelos de incierto porvenir, y de continuar difundiendo su concepción amorosa de la existencia (“Nadie debe saber / que todo lo que escribo / es por amor”, 63), a través del dulce veneno del poema, “lirio y dolor a un tiempo” (32).

Ahora es un canto del poeta a la intimidad en el refugio de su casa y, sobre todo, a no elucubrar sobre lo que fue ni sobre lo que puede ser, pues solo quiere saber lo que es, ahora. Y para vivir esta nueva etapa, desea seguir cumpliendo con su compromiso ético de escribir de una forma genuina, que evite la superficialidad y aporte al bagaje cultural común hondas reflexiones sobre el autoconocimiento y la óptima percepción de la realidad (“Escribir es una deslealtad al mundo / si no enmarca lo escrito / una revelación”, 41).

Antonio Salguero Carvajal

LA COMETA DE LOS SUEÑOS
PILAR LÓPEZ ÁVILA,
PAULA MERLÁN,
CONCHA PASAMAR.
(MADRID, CUENTOS DE LUZ,
2019).

Si hay algo que le es propio al ser humano y que a todos nos iguala, es la capacidad de soñar, de imaginar un mundo —ya sea a nivel global o particular— diferente.

Si hay un sueño que nos ha cautivado desde la antigüedad, ese es el de volar.

Una cometa, un objeto sencillo que vinculamos con la infancia y con la inocencia y limpieza que va asociada a ella, tiene esa capacidad de volar.

Con esta imagen, clara y directa a la vez, plantean Pilar López Ávila y Paula Merlán *La cometa de los sueños*. Un viaje que es, al igual que el vuelo de una cometa, caprichoso a simple vista y que nos va transportando por aquí y por allá, de sueño en sueño, desgranando algo que va mucho más allá de cada pequeña anécdota.

En principio este álbum ilustrado pudiera parecer que está planteado como una colección de pequeñas historias tejidas entre sí por la imagen, siempre presente, de una cometa, a modo de motor de los sueños. Pero, al menos en mi lectura, esas historias no son sino partes de una misma historia, la de todos los niños y niñas, la de todos los seres humanos. Y es en este punto donde los textos nos van envolviendo como una tela de araña, hasta caer en la cuenta de que *La cometa de los sueños* está hablándote de ti, de tus sueños y de cómo estos nos unen al resto de personas.

Y, como he dicho, esto lo hace a través de pequeñas historias que sugieren, de un modo poético, todo lo que hay más allá; ligeras pinceladas de unas vidas que hacen disfrutar cada página con el arte de esconder y dejar que sea el propio lector quien complete su lectura. Amo los libros que no lo cuentan todo.

Si los textos son hermosos, la manera en que Concha Pasamar los ha interpretado con sus pinceles es una delicia. Ella es capaz de insinuar toda una realidad con los trazos de sus lápices, haciendo que los pequeños cobren vida y aportando su personal y exquisita lectura del libro.

Me ha seducido, especialmente, el uso que hace de los colores. A mi modo de ver, todo un acierto a la hora de narrar visualmente esos mundos que conviven en cada niño: el de su sueño y el de su realidad.

Por último, no puedo dejar de mencionar la sostenibilidad de *La cometa de los sueños*. En primer lugar desde un punto de vista medioambiental, por el uso de Papel de Piedra en su elaboración y en segundo lugar, desde un punto de vista social, ya que parte de los derechos de autor están cedidos a la Fundación Agua de Coco.

Un álbum más que recomendable, lleno de optimismo, que nos invita a conectar con los demás y, por supuesto, son nosotros mismos; a escucharnos y... ¡a soñar!

David Hernández Sevillano

LÍNEAS DIVERGENTES
SOLEDAD GARCÍA GARRIDO
(CÁCERES, LETRAS
CASCABELERAS, 2020)

El relato narra la vida de dos hermanos gemelos, los «Tuins», que habitan en un entorno obrero de Madrid en la década de los años ochenta, sus vicisitudes, sus ilusiones, sus desengaños, moviéndose de continuo entre las necesidades, el bien y el mal hasta un desenlace sorprendente e inesperado.

Una novela corta cuya historia está contada por uno de los protagonistas en primera persona, con un lenguaje sencillo, eficaz, bien construido, que engancha al lector desde las primeras páginas y que le sumerge en la fuerte lucha por la supervivencia en el ambiente oscuro y carente de oportunidades de un barrio que roza la marginalidad.

Soledad García Garrido, nacida en Plasencia y residente en Cáceres, da el pistoletazo de salida a su carrera literaria en solitario con esta obra que ha resultado galardonada con el I Premio de Narrativa del IV concurso «Letras Cascabeleras», de Cáceres. Su trayectoria incluye numerosos premios de carácter nacional y la participación con varios relatos en diversas antologías.

La obra nos muestra a una escritora con mucho oficio ya a sus espaldas, expresado en los retratos profundos y ricos de los personajes, además de una hábil narradora que conjuga bien los tres elementos fundamentales: la narración la descripción y el diálogo. Los gemelos Dani y Manuel, África, la vecina voluptuosa que acaba teniendo una relación intensa con

Manuel, el padre alcohólico de los hermanos, Elena, la maestra de ambos, Patri, la novia de Dani, bien intercalados con descripciones precisas acerca del vecindario, del barrio en general, de una vida en la que la lucha constante para sobrevivir dirige a los protagonistas hacia la oscuridad, la sordidez de la miseria que lleva a sus víctimas a la práctica de la maldad para poder seguir adelante un día más, sin un futuro definido y claro. Soledad García Garrido nos ofrece un relato que nos hace reflexionar sobre la relatividad de las acciones humanas, cómo la práctica del bien o del mal no solo está condicionada por la mayor o menor calidad humana de las personas sino, y principalmente, también por causa de las circunstancias favorables o desfavorables que las rodean.

En definitiva, una estimable puesta de largo literaria de esta prometedora escritora placentina que con seguridad ofrecerá nuevas joyas como la presente a sus lectores.

Vicente Rodríguez Lázaro

SEM EPITÁFIO. UMA ANTOLOGIA.
CLAUDIO RODRÍGUEZ.
TRADUCCIÓN DE MIGUEL FILIPE
MOCHILA.
SELECCIÓN DE SERGIO GARCÍA
GARCÍA
(LISBOA, LINGUA MORTA, 2018)

Pese a su cercanía geográfica, la distancia cultural entre España y Portugal es especialmente patente en el desconocimiento mutuo entre sus literaturas. Hecho que no solo afecta, como cabría es-

perar, a los autores más contemporáneos, sino también a los canónicos. Son escasas, por ejemplo, las antologías o ediciones de escritores españoles cruciales en nuestro siglo XX que han llegado a Portugal; lo mismo podemos aplicar en sentido contrario.

Urge, por tanto, una solución, y esta pasa principalmente por la traducción: herramienta indispensable para salvar este vacío, pero que debe ser fortalecida, en el caso de la poesía, por una sensibilidad especial, no reñida con la rigurosidad académica. Y ahí, en ese cruce tan necesario como delicado, se encuentra esta antología. La poesía de Claudio Rodríguez llega a las librerías portuguesas en un exquisito trabajo de Miguel Filipe Mochila y Sergio García García. Ambos, filólogos; ambos, poetas. Mochila aporta la traducción, mientras que García realiza la selección.

Más de la mitad de la obra del poeta zamorano está contenida aquí. García extrae los poemas escogidos de la edición en Tusquets de 2001, supervisada por Clara Miranda, viuda de Rodríguez; incluye también, a modo de «pórtico» de la antología, uno de los «poemas laterales» que García Jambriña editó en 2006. En su selección, García da cuenta de una cuidada labor filológica, procurando una estrecha coherencia con los temas y referentes principales de la poesía de Rodríguez: el amor, la infancia, Vicente Aleixandre, Francisco Brines, Eugenio de Luelmo, y la geografía zamorana como trasunto de la intimidad.

Y no nos encontramos ante una traducción prototípica, en la que se vuelquen literalmente al portugués los poemas recogidos. Al contrario, Mochila logra conser-

var la estructura métrica de los poemas y sus recursos retóricos, para adaptarlos a las formas rítmicas y acentuales de la lengua portuguesa. Las imágenes de la poesía de Claudio Rodríguez adquieren así nueva vida en esta verdadera labor de reescritura fiel y respetuosa. Circunstancias que ambos editores desgranán en la introducción y en las notas finales: la infancia, el amor... la experiencia vital de Rodríguez, en íntima comunión con la lengua que la «traduce».

En suma, surge esta antología como fruto de la admiración hacia el autor y el conocimiento de su obra y sus circunstancias de creación. Una labor, por último, no tan lejana a Extremadura como podría parecer a simple vista. Los dos editores presentaron su trabajo, aún en proceso, en el II Congreso CICLE, sobre literatura española y portuguesa, que se celebró en Cáceres en enero de 2018. Coincidió casualmente con la gestación del proyecto: cuando ambos, en una nocturna charla informal, conversando sobre literatura, encontraron un punto de contacto, una afinidad que les permitiría contribuir a llenar un vacío crítico. Y así, hablando de experiencias traducidas en poesía, esta se ha hecho posible, habitando desde ahora entre dos tierras. Para todos nosotros.

Alberto Escalante Varona

ÍNDICE

[PALABRAS PRELIMINARES], Susana Martín Gijón.....	5
[FIRMA INVITADA], Luz Sánchez-Mellado	7
EL LANZADOR DE CUCHILLOS. <i>Pilar Galán Rodríguez</i>	13
COMPOSICIÓN Nº 15. <i>Antonio Rivero Machina</i>	17
ESCRITURA TERAPÉUTICA. <i>Julia Lama</i>	20
LA BEATTUD. <i>Sandra Benito Fernández</i>	23
EL SALÓN DE TÉ. <i>María Fernanda Sánchez</i>	26
MEJÍA. <i>Hilario Martínez</i>	28
REVÓLVER DE TINTA. <i>Ana Rodríguez Garrido</i>	30
CARTA AL CHICO DE LAS CANCIONES. <i>Elena González</i>	32
EL LEGADO	35
• POESÍA HECHA VIDA, MANUEL PACHECO EN SU CENTENARIO <i>Rosa María Lencero Cerezo</i>	37
• PEDRO CIEZA DE LEÓN. EL PRÍNCIPE DE LOS CRONISTAS DE INDIAS <i>Antonio María Flórez Rodríguez</i>	45
Entrevista a Juan Ramón Santos.....	51
COLABORACIONES LITERARIAS. MICRORRELATOS	61
• José Antonio Llera.....	63
• Mario Peloche.....	64
• Emilia Oliva.....	66
• José Juan Martínez Bueso.....	67
• Montaña Campón.....	68
• Xavier Rossel.....	69
• Daniel Casado	70
• Julio Alejandre.....	71
• Adolfo Gómez Tomé.....	72
• Josefa Montero López.....	73
• Ángela Sayago Martínez	75
• M ^a José Fernández Sánchez	76
• Andrés Gutiérrez Morillo.....	77

• Pepa Gómez y Bustamante	78
• Efi Cubero	79
• Víctor Valadés Paredes.....	81
• Antonio María Flórez.....	82
• Pilar Alcántara	83
• Pilar López Ávila.....	84
• Susana Martín Gijón	86
• Vicente Rodríguez Lázaro	87
• Chelo Sierra	88
• Cora Ibáñez	89
• Dionisio López.....	90
NOTAS DE LECTURA.....	91
• <i>El cantar de las caracolas</i> , Carmen Salas del Río	93
• <i>Notas para no esconder la luz</i> , Faustino Lobato	94
• <i>El delta del Paraná</i> , José Cercas Domínguez.....	95
• <i>Las islas de poniente</i> , Julio Alejandro	95
• <i>Versos de verano</i> , Mariluz Carrillo.....	96
• <i>El hombre que atrapaba la luz</i> , Rosa López Casero	97
• <i>De tormenta: historia de mi alma</i> , Agustín Muñoz Sanz	98
• <i>Labyrinth. Anatomía del presente</i> , Marino González Montero	99
• <i>La dama del pendiente</i> , Pepa Gómez Bustamante.....	100
• <i>Descubrimiento del continente negro</i> , Luis Sáez Delgado.....	100
• <i>Vísperas de sangre y otros relatos sombríos</i> , David Casado Rabanal	101
• <i>Progenie</i> , Susana Martín Gijón.....	102
• <i>Tres lecturas:</i>	
Juan Carlos Rodríguez Búrdalo, Luciano Feria y José Antonio Zambrano	103
• <i>La cometa de los sueños</i> , Pilar López Ávila, Paula Merlán, Concha Pasamar.....	105
• <i>Líneas divergentes</i> , Soledad García Garrido	106
• <i>Sem epitáfio. Uma antología</i> , Traducción de Miguel Filipe Mochila.....	106

Dios ha creado las noches que se arman
de sueños y las formas del espejo
para que el hombre sienta que es reflejo
y vanidad. Por eso nos alarman.

JORGE LUIS BORGES



www.aeex.es

aeexcorreo@gmail.com

aeexsocios@gmail.com

OLSEPEJ

número 12

